

UNIV. OF ARIZONA

862.59 A47ne
Alvarez Quintero, S/Nena Teruel : comedi

mn



3 9001 03944 0147

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

NENA TERUEL

COMEDIA EN DOS ACTOS Y UN EPÍLOGO

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL el 6 de Abril de 1913.



MADRID
RENACIMIENTO

Pontejos, 3.

1913

ES PROPIEDAD



862.59

A 47 me

A LAS ACTRICES ESPAÑOLAS

21710

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

NENA TERUEL.....	MATILDE MORENO.
MARCELINA.....	LUISA CALDERÓN.
LAURA.....	MAGDALENA ABRINES.
PEPITA.....	ELISA MÉNDEZ.
INÉS.....	SARA ESTEBAN.
GENARA.....	MERCEDES SAMPEDRO.
ASUNCIÓN... ..	CONSUELO HORTELANO.
DOÑA GERTRUDIS....	CONCEPCIÓN BERMEJO.
DON DIEGO ESPINOSA.	JOSÉ TALLAVÍ.
JOSÉ MANUEL.....	JOSÉ CALLE.
TARAZONA.....	PEDRO SEPÚLVEDA.
ROMÁN OLMEDO.....	ALEJANDRO MAXIMINO.
TORRALBA.....	DELFIN JEREZ.
BELLO.....	GERMÁN DE SYLAS.
MOLINA.....	FERNANDO ESTRELLA.
CHIREL... ..	RAFAEL CALVO.
ANTONIO	CONSTANTE VIÑAS
UN CARPINTERO.....	JOSÉ LORIGADOS.
UN TRAMOYISTA.....	ALFREDO PAREDES.
UN GUARDARROPA....	MANUEL MACÍAS.

ACOMODADORES, TRAMOYISTAS, CARPINTEROS, CELADORES,
ETCÉTERA, ETC.

ACTO PRIMERO

Estamos en el lindo cuarto de Nena Teruel, joven, bella y famosa comedianta, en uno de los principales teatros de Madrid. Al frente hay una puertecilla con cortinas, que da al tocador. A la derecha del actor la puerta del cuarto. Sobre ella un timbre. Muebles sencillos y elegantes, casi tapados en esta ocasión por una infinidad de cestas y ramos de flores naturales, «que convierten el *camerino* en un vergel», como diría Bello, personaje que á su tiempo saldrá. Una mesa con abundancia de regalos. Parece noche de beneficio y es de despedida.

La escena está sola. El primero en aparecer en ella es don Diego Espinosa, viejo actor que arrebató á los públicos de su tiempo y es una lamentable ruina en el presente. Aunque maltrecho y sin energía física, aún asoma á sus ojos el fiero vigor de su espíritu. Tiene un genio del diablo, exacerbado por la amargura de su vida actual, y habla como rezongando casi siempre. Viste pobremente y

usa sombrero flexible, capa larga y bastón, que á veces hace de tizona.

DON DIEGO

Deteniéndose á la puerta del cuarto, después de entrar en él, y murmurando como si oyera lejanos aplausos y respondiese á ellos.

¡Ay, aplausos... aplausos!... ¡Ya os conozco... ya sé lo que valéis! Música, música...

Observando la profusión de flores que hay en la escena.

Digo, ¿eh? ¡Cómo está esto de regalitos! Palmas allí... flores aquí... Noche de gloria.

*Mezclan salvas diferentes
las cajas y las trompetas,
los pájaros y las fuentes...*

Curioseando y leyendo algunas de las tarjetas que acompañan á las cestas de flores y á otros regalos.

«A Nena Teruel, en la noche de su despedida un admirador.» ¡Te veo, admirador!... Otro admirador. ¡Te veo! Otro admirador. ¡Eres turco y no te creo! «Eusebio Tarazona y Ruiz.» ¡Desconocido

primero! «José Gómez Sánchez.» ¡N. N.! ¡Hola! Aquí hay una de sus «compañeros». Sí, sí, ¡compañeros!... ¡compañeritos!... Algo sé yo de estos compañeros...

Del tocador sale Marcelina, servidora fiel de la actriz, más bien señora de compañía que doncella. Es vehemente, apasionada, nerviosa, pintoresca. Nació en Chipiona hace cuarenta años, ha recorrido medio mundo, y todavía no puede negar que es de Chipiona. Su único amor desde que se separó de su marido, por ocultas razones, es Nena Teruel. Adora en ella: la pondría en un altar.

MARCELINA

¿Quién resa por aquí? ¡Anda! ¡Pos si es don Diego! Güenas noches.

DON DIEGO

Felices, Marcelina.

MARCELINA

¿Con quién hablaba usted?

DON DIEGO

Conmigo mismo. Es la única manera de hablar con alguien que no me engañe. Y aun así no estoy muy seguro.

MARCELINA

To se lo dise usté.

DON DIEGO

¿Ha empezado ya el tercer acto?

MARCELINA

¡Ya lo creo! Ya están en la mitá. ¡Si es muy tarde! ¿Cómo no ha venío usté á primera hora?

DON DIEGO

Porque se empeñó Genara la vieja en que no había de salir esta noche, y me escondió la capota.

MARCELINA

Y tenía razón: er tiempo está muy malo.

DON DIEGO

Muy malo; pero yo antes que un cómico soy un caballero; y si no me he muerto como un perro á estas horas ha sido porque Nena Teruel me ha tendido su mano. ¿Había de faltar en noche tan solemne para ella? Con nieve en las calles hubiera venido. Y cuenta que no estoy para hazañas... ¡Esta tos!... ¡esta tos va á enterrarme!

MARCELINA

¿Quié usté una pastiya de goma?

DON DIEGO

Gracias: no tomo porquerías.

MARCELINA

La que da lo que tiene... Pos yo, don Diego de mi arma, vi á morirme de berrenchín, como los gorriones; no va á sé de catarro. Miste cómo tengo los ojos de yorá. ¡Malhayan los primeros pantalones que vinieron ar mundo! ¡Los de Adán!

DON DIEGO

Adán no usaba pantalones.

MARCELINA

¡Argo se pondría! Eyos tienen la culpa de to lo malo. ¡Los pantalones! ¡los pantalones!

DON DIEGO

..Sí, señora; porque obedecen á las naguas.

MARCELINA

Déjese usted de *chuflas*. ¿A usted le paese regular la locura que hase esta niña?

DON DIEGO

¿Qué locura? ¿La de casarse? ¿La de dejar la escena? No ha podido tomar una resolución más acertada. Yo la aplaudo.

MARCELINA

¿Se quié usted cayá?

DON DIEGO

¡Yo la aplaudo, Marcelina; yo la aplaudo! Mundo de mentiras; mundo engañoso, donde el dine

ro es de cartón y los cetros y las coronas de guardarropía.

MARCELINA

Eso sería en los tiempos de usted; cuando á usted le tocaban las parmas. Ahora er teatro es una gloria, y esta niña er lusero de eya. Usted lo sabe. ¿Se ha asomao usted ar público? ¡Hayque vé cómo está er teatro, señó! ¡Es un ascua de oro! ¡To Madrí! ¡Hasta los reyes han venío á despedirla! ¡Y qué ovaciones! ¡qué ovaciones! Pos ¿y la gente que ha desfilao por este cuarto ar finá del arto segundo? ¡Josús! Y tos con la misma cansión, entre veras y bromas: que ese hombre que la quita der teatro es un criminá. Y lo es, don Diego.

DON DIEGO

No, sino un hombre que la quiere mucho.

MARCELINA

¡La última noche que trabaja Nena Terué! ¡Vamos! ¡Si me paese una berrasión! ¡Con veintisínco años y solisitá por er mundo entero!

DON DIEGO

Mire usted, Marcelina, el público es una fiera que acaricia para devorar. Es mejor decirle cuan-

do está más encariñado con la presa: «Ahí te quedas, tirano; lámete las garras; yo me voy á esconder donde tú no me veas», que no esperar á que él le diga á uno: «Vete ya, que me cansas, que no me diviertes. ¡Vete ya ó te destrozó!» ¡Esto es más amargo que el acíbar! ¡De esta tela tengo yo un equipaje!...

MARCELINA

Usté chochea, señó.

DON DIEGO

¡Y usted no sabe lo que dice!

MARCELINA

¿Qué tiene que vé eso con er paso que va á dá esta niña? ¡Y to por quién? ¡Por ese hombre, más arisco que un gato! ¡Josús! ¡En cuanto ve dos personas reunías sale huyendo! ¿Querrá usté creé que en los dos años que yevan de novios no ha venío á este cuarto más que una sola noche? Por supuesto, que lo ha hecho con idea: pa obligarla, pa resorverla á dejá esto más pronto. ¡Inquisidó! ¡Pirata! ¡Permita Dios que le pase lo que yo le deseo!

DON DIEGO

¿Qué le desea usted, Marcelina?

MARCELINA

¡Eso se quea pa mí! ¡Pero como haya un santo abogao de los caracoles, yo le ensiendo una lampariya! No me servirá, porque eya es güena y es honrá como la primera.

DON DIEGO

Entendido, entendido... Piadosa intención en vísperas de matrimonio. Y sí que habrá ese santo, y muchísimas devotas de él. Por lo que abunda la cosecha lo digo.

MARCELINA

¿Pero es que pueo yo mirá con pasiensia que se la yeven de la luz pa enserrarla entre cuatro paredes? ¿No ve usté que yo, don Diego Espinosa, he presensiao las luchas que ha habío en aqueya casa porque á la niña se le puso sé der teatro y sus padres no querían que lo fuera? ¡Si ha sío una vocación desde er pecho e su madre! ¡Si pa eya ni juegos, ni amigas, ni na: su teatro y na más que su teatro! Y entró por el aro don Grabié con tos sus

galones de coroné de artillería, y transigió también doña Madalena, después de consurtarlo con todos los curas de Jerez; y luego bien se han alegrado, porque han visto que era para su contento, para su gloria, para su fortuna de ella. ¡Y para el lustre de toda la casta, ¡qué jinojo! que a nadie le amarga verse retratado y nombrado en todas partes por motivo de la niña! ¡Para que venga ahora este tío sombrón de ingeniero, que no sabe hablar más que de hierro y de pólvora y de dinamita, a echar por tierra todo lo consiguió y a llevarse ese tesoro para él! ¡Váyase usted en medio del campo, señor, que aquí no hay nadie que le estorbe, a hacer puentes y túneles para que pasen los trenes, y déjenos usted tranquilos a nosotros! ¡Me siego, me siego! ¡Pero, anda, que por la lampariya no ha de quedá!

DON DIEGO

¿Y usted se irá a vivir con Nena a su casa?

MARCELINA

¡Pos no que no! Eso sí que no lo consigue: separarme de ella. Desde que me dejó mi marido, va para cinco años, con ella estoy. Cuidado que ya me ha puesto el don José Manué chinitas para que sarte; pero como no sarte él... Delante de sus narices me va a tener de día y de noche.

DON DIEGO

Y rezándole al santo de marras... Muy bien, muy bien... Ese hombre apelaré á la dinamita.

MARCELINA

Con tá que yo lo vea volá primero... poco se me importa. Ahí viene ya Nena.

DON DIEGO

¿Ha concluído la función?

MARCELINA

No, señó, sino que eya tiene ahora libre un güen rato.

DON DIEGO

¿Y cómo ha elegido para despedirse *El baile de Doña Mencia*, una comedia que no vale dos maravedís?

MARCELINA

Porque sale más bonita que en ninguna, digo yo que será.

DON DIEGO

A mí me ha parecido un desatino.

MARCELINA

¡Entonse se le habrá ocurrió al ingeniero!

Llega, en efecto, Nena Ternel del escenario, vestida con un traje caprichoso y rico. Tiene su persona la simpatía de la belleza y la belleza de la simpatía.

DON DIEGO

Saliéndole al encuentro.

¡Nena!

NENA

¡Don Diego! ¿Usted por aquí? ¡Qué locura! ¡Con este frío!...

DON DIEGO

Para hacer lo que se tiene que hacer, no se debe nunca mirar el termómetro. Y yo esta noche debía y quería besar estas manos de reina.

NENA

Usted siempre igual; tan noble conmigo, tan caballeroso... ¡Ay qué noche, don Diego! ¡Me alegro de tenerlo aquí! ¡Qué noche! Ya ve usted que dejo esta vida por mi voluntad, espontáneamente; que me voy del teatro por algo que ha podido más que él... Pues, sin embargo, esta noche estoy sintiendo como un dolor secreto todo lo que me dejo entre bastidores.

MARCELINA

Gruñendo.

¡Hem!

DON DIEGO

No te pese, niña.

NENA

Si no me pesa; si nadie me ha mandado que lo haga; si es por mi gusto y por mi bien...

DON DIEGO

Eso no lo dudes.

NENA

Pero, con todo, don Diego, con todo; es que me despido para siempre de lo que ha sido mi vida hasta aquí. Dentro de unos minutos voy á representar la última escena. ¡La última escena! ¿Quién pudo sospecharlo nunca? Pues así es la vida: ya se acabó Nena Teruel. La secuestró la señora de Ramos.

Marcelina vuelve á gruñir.

DON DIEGO

¿Has traído la perra?

MARCELINA

No, señó; soy yo.

NENA

Pues cállate y no gruñas.

DON DIEGO

¿Sabes lo que te digo, Nena Teruel?

NENA

¿Qué me dice don Diego Espinosa?

DON DIEGO

Te digo que dichoso el artista que hace su última escena cuando quiere. Yo la hice cuando menos esperaba que iba á ser la última.

NENA

Cuestión de suerte. No hay en el teatro dos historias iguales. Ni en el mundo tampoco.

DON DIEGO

Es verdad. Y dime, ya que he venido, ¿en qué rincón podré yo verte y oírte decir esas últimas palabras de artista?

NENA

¡Donde usted quiera! En el mismo escenario, ¿no?

DON DIEGO

Sí, bien; en el escenario. Pero que venga Marcelina á presentarme á un celadorcito que me ha dicho ya dos veces que no me conoce. ¡A mí! ¡Que no me conoce un celadorcito del escenario! Y la tercera vez que no me conozca le abro la cabeza, por vía de presentación.

NENA

Pues sí, sí: Marcelina irá con usted.

DON DIEGO

¡Ese niño tiene la obligación de conocerme á mí, que le quité el hambre á su padre! ¡Y á su abuelo! ¡En esta misma casa! Y no digo más, porque me va entrando la calentura. ¿Vamos, Marcelina?

MARCELINA

A la disposición de usted, don Diego.

DON DIEGO

Hasta ahora, Nenita.

NENA

Hasta ahora.

DON DIEGO

Te aplaudiré con el corazón.

Deteniéndose en la puerta para
dejar que pase Laura, que llega,
é inclinándose cortésmente.

Pase usted, señorita.

LAURA

Muchas gracias, señor. Buenas noches.

Se van don Diego y Marcelina

NENA

¿No lo has conocido?

LAURA

¿Quién es? ¿Es don Diego Espinosa?

NENA

El mismo. Ahí lo ves. La gloria de la escena; el
coloso; el que conmovía, el que enloquecía al pú-
blico con un gesto. Ahí lo ves.

LAURA

¡Pobre señor! Está hecho un cascajo.

NENA

Sacudiendo su pensamiento, después de una pausa.

Pero ¿y esas chicas, no entran? Adelante, niñas.

Las aludidas, Pepita é Inés, que pasan al momento, son, como Laura, lindos pimpollos que nacen á la escena con las almas llenas de ilusiones, y en cuyas gentiles personitas es imposible adivinar á las características del porvenir. Las tres vienen en traje de calle.

PEPITA

Con permiso.

INÉS

Con permiso de usted.

NENA

Venid acá, que ahora que tengo tiempo y no hay nadie, os voy á dar á cada una un recuerdo mío.

LAURA

¡Ay, qué buena!

NENA

¿A quién mejor? No sabéis cómo me traen á la memoria vuestros sueños, los míos cuando empecé el teatro.

PEPITA

Y habla usted como si fuera una vieja chocha.

NENA

Para el teatro, como si lo fuera efectivamente, puesto que ya lo dejo.

INÉS

¡Qué lástima!

LAURA

¡Eso sí que es lástima!

PEPITA

Siendo para su bien...

LAURA

Aunque lo sea. ¿De quién vamos á aprender nosotras? ¿Quién vendrá que mejor nos enseñe, ni que sea tan buena?

NENA

¡Oh! ¡Vendrán tantas!...

LAURA

Como usted, ninguna.

NENA

Dejaos de flores y sigamos con mi testamento

Entra en el tocador.

INÉS

¿Su testamento?

NENA

Desde dentro.

Mi testamento, sí; así le llamo yo.

Saló con tres mantillas diferentes.

Aquí tenéis: una cada una.

LAURA

¿Pero nos va usted á regalar esto?

NENA

Claro que sí: para que me llevéis siempre en la cabeza.

LAURA

Para eso no hace falta regalo ninguno.

NENA

Ésta es la tuya, Inés.

INÉS

Abrumada.

¡Ay, por Dios! ¡Qué encanto! ¡Muchísimas gracias!

NENA

La de Laura, ésta.

LAURA

¡Dios se lo pague á usted! ¡Vaya si es linda!

NENA

Y ésta, la tuya.

PEPITA

¡Qué suerte! ¡La que más me gustaba!

LAURA

Sí; ¡pues mira que la mía!...

INÉS

¡No, que la mía!...

PEPITA

¿Cuándo es Semana Santa?

NENA

Todavía tarda mucho. A ver si antes las lucís en escena.

LAURA

¡En escena! ¡Qué más quisiéramos nosotras! Pero con los papelitos que nos dan...

NENA

Ya tendréis papeles y victorias. Fijaos en mí. Dejo esta noche de ser quien soy, y parece que fué ayer cuando rompí por todo en mi casa y me eché al mundo del teatro á buscar aventuras.

LAURA

¡Qué carrera más hermosa ha hecho usted!

INÉS

Triunfal

NENA

Sí; triunfal á la postre. Cuando se tiene la vocación que yo tenía por este mundo, que en mi cabeza y en mi corazón era de oro, no es proba-

ble quedarse á mitad de camino. Pero también conozco esas horas por que vosotras estáis pasando, de impaciencia, de anhelo...

PEPITA

¿Dónde trabajó usted la primera vez? ¿En aficionados?

NENA

¡Uh! ¡La primera vez!... Hace ya tanto tiempo...

LAURA

No puede hacer mucho.

NENA

Algunos años hace, no creas. Llevaba yo la trenza á la espalda... Fué en Jerez: en una fiesta de caridad. Representé un monólogo que me escribió un muchacho de allí. *La primera comunión* se llamaba.

«Pues, señor, todo ha salido á medida de mi anhelo:
¡qué gran corona, qué velo,
y qué precioso vestido!
Con ninguno, que recuerde,
me hallé jamás tan vistosa,
excepción hecha del rosa,
del amarillo y del verde...»

¡Pero que yo me acuerde de esto, Dios mío!
Luego el poeta se tomó un veneno por mí.

Ríen las tres muchachas.

PEPITA

¿Veis? Un detalle así quisiera yo en mi historia.
No he tenido más que un novio, y no era capaz
de tomarse por mí ni un refresco si no habían
pasado las tres horas de la digestión.

NENA

Riendo.

¡Qué ocurrencia!

INÉS

¿Y desde aquella noche del monólogo...?

NENA

¡Desde aquella noche no hubo ya para mí más
canción que la de los aplausos! Y comenzó el tole
tole de los periódicos, y el hablar y el ponderar
de amigos y parientes, y yo, que no necesitaba

nada, me aferré á mi ilusión y no hubo medio de arrancármela del pensamiento. ¡Cuidado que me costó reñir con mis padres! ¡Jesús, qué peleas!

LAURA

¿Sí, verdad?

NENA

Una vez estuve quince días encerrada en mi habitación sin hablar con nadie.

PEPITA

¿Sin hablar con nadie? De eso no sería yo capaz.

LAURA

Porque tú no tienes la afición que ella.

NENA

Al cabo mis padres se convencieron de que oponerse á aquel tesón mío era peor que oponerse á unas relaciones amorosas, porque iba á acabar por fugarme, y cedieron. ¡Qué habían de hacer! ¡Y entonces sí que empezó de veras mi lucha! Porque no creáis que han sido todo rosas. Me acuerdo

de una temporada por varios pueblos de Andalucía... ¡Oh! ¡Bien me probé á mí misma en aquellas andanzas el temple de la vocación! Mis padres me dejaron ir, sin duda, para ver si lo duro de la vida me fatigaba y me hacía arrepentirme. Pero ¡ca! ¡Bonita era yo! La misma batalla me enamoraba más del teatro, me excitaba, me ofrecía más sabroso el triunfo lejano. ¡Qué días! ¡Qué meses aquellos! Cada noche representábamos una obra distinta. ¡Imaginaos la fiebre del estudio, la angustia, el cansancio!... Yo hice entonces desde Ofelia hasta la novia de *Diego Corriente*. ¡Ja, ja! En un pueblo en que no había teatro, á punto estuvimos de representar en la plaza. Nunca he olvidado estas impresiones de aquellos años de mi vida. Ahora se me figuran de una historia que yo he leído.

Suena el timbre.

¡Ay! ¡Me llaman en lo mejor del cuento!

LAURA

¡Vaya por Dios!

NENA

No me dejéis el cuarto solo.

INÉS

Descuide usted.

PEPITA

Y un millón de gracias por las mantillas.

LAURA

A ver si alguna vez nos inspiran.

PEPITA

A ver si nos dan la buena sombra.

NENA

Poco á poco he deirme desprendiendo de todo: ya os digo que es mi testamento. ¿Qué papel hacen ya en mi casa estas prendas vivas de algo que se muere esta noche? ¡Ay, niñas! Voy á hablar por última vez desde el escenario.

LAURA

¡Qué dolor! Y lo dice con la cara alegre.

NENA

Por debajo del colorete puede que esté pálida
Vamos allá.

Se marcha presurosa.

LAURA

¡Qué simpática es!

PEPITA

¡Y qué artista!

INÉS

Esta noche está contenta, y no está contenta.

PEPITA

Del público bien puede estarlo; porque ¡mira que han sido unas ovaciones!

LAURA

Las que se merece. No entiendo la testarudez del novio en quitarla de aquí. Lo que es yo, si me saliera un novio y me quisiera quitar del teatro, lo plantaba.

INÉS

Pues mira, yo, después de la carrera de ella, harta ya de aplausos de todo el mundo, si me saliese un novio como el suyo, ingeniero, guapo y con fortuna, qué sé yo, qué sé yo...

PEPITA

Pues yo, por de pronto, lo que quiero es que me salga el novio. Y tiempo habrá de pensar lo demás.

Llega oportunamente Román Olmedo, galán de la compañía. También viene en traje de calle. Está muy abstraído.

INÉS

Hombre, Olmedo, á punto llega usted.

OLMEDO

¿Por qué, Inesita?

PEPITA

Dice bien ésta. En vez de andar por todos los cuartos como un moscón, se va usted á quedar aquí de guarda mientras no llega Marcelina.

OLMEDO

Con muchísimo gusto.

LAURA

Eso es: y así nosotras nos vamos al escenario á

escuchar la ovación final. ¡Á mí me dan un escalofrío los aplausos... aunque sean á otras!

PEPITA

¡Ay, los aplausos! Vente, Inés. ¡Tengo unas ganas de convidar con motivo al jefe de la *claqué*!

Se marcha con Inés del brazo.
Laura ríe, y al ir á seguir á
sus amigas repara en la abstracción de Olmedo y se detiene.

LAURA

¿Y á usted, qué le pasa?

OLMEDO

A mí nada, Laurita.

LAURA

Creí. Está usted tan serio... Mire usted qué mantilla más linda me ha regalado Nena.

OLMEDO

Preciosa es. Cuídala, que bien lo vale su recuerdo.

LAURA

Por un talismán he de tenerla.

Pausa.

Vaya, lo dejo á usted con sus cavilaciones.

OLMEDO

Adiós.

LAURA

De pronto, recordando.

¡Ah... vamos! ¡Tonta de mí!...

Se va, mirándolo maliciosamente.

OLMEDO

Paseando ensimismado.

*...Dadme el laúd;
en trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa...*

¡Se me han metido estos versos en la cabeza!

De improviso se presenta Torralba seguido de cuatro acomodo-

dadores del teatro. Torralba es el representante de la empresa: hombre diligente, aunque atolondrado. Los acomodadores obedecen sus órdenes.

TORRALBA

Con mucho cuidadito os vais á ir llevando al escenario todas estas cestas. Los ramos no; las estas nada más. ¿Qué? Andad: una tras de otra. Con cuidado, ¿eh? con cuidado. Ponedlas allí grupaditas junto á las demás, y en el momento en que baje el telón, ¡todas á la escena! ¿Qué? Cuidado. Cuidado. ¡Cuidado! Allá iré yo ahora á disponer cómo ha de hacerse. ¿Qué?

Á Olmedo, mientras los acomodadores van quitando de allí las cestas.

Valiente nohecita llevo, amigo Román! Bueno, la despedida es para mí. No paro un instante. ¿Qué? Como no ande uno en todo... ¿Usted me ve aquí, no es verdad? Pues no estoy aquí solamente. Estoy ahora mismo en la Contaduría, y en el sacapuntas, y en el teléfono, y en el despacho de billetes, y en el palco real, y en el vestíbulo, y en el cuartito de agua. ¿Qué? ¿qué? ¿Y usted, qué tiene? ¿Digo, ¿qué ha de tener usted? El disgusto que me da. ¡Vamos, que la jugada de la niña! ¿Qué? Cualquiera le encuentra sustitución! Así está el

empresario: con fiebre. ¿Qué? Y yo, su representante en el mundo, también tengo décimas. ¿Qué?

Observando que Olmedo no le hace caso.

Vaya, me vuelvo al escenario á escape, no hagan esos una barrabasada.

Á Marcelina, que llega contrariada y llorosa.

Pase usted, Marcelina. Yo, tropezando con todo el mundo esta noche menos con quien deseo tropezar. ¿Qué? ¿qué?

MARCELINA

No he despegao mis labios, señó.

TORRALBA

Hasta ahora.

Llamando á uno que pasa.

¡Martínez!

Se va corriendo.

OLMEDO

Me pone nervioso el *qué, qué, qué* de este hombre.

MARCELINA

Paese una clueca. Yo me he venío de entre astidores, porque si sigo ayí, estoy viendo que argo á ersena á desí cuarquier atosidá. Y se arma n escándalo. ¿Y usté, cómo no está en la sala?

OLMEDO

Porque no hay sitio para mí.

MARCELINA

¿Porque no hay sitio?

OLMEDO

Me conformo con decirle adiós en su cuarto á la señorita Teruel.

MARCELINA

Ya.

OLMEDO

Puesto que ella, para su despedida de la escuela, ha elegido una comedia en que yo no tengo papel, no quiero que tampoco me vea entre los espectadores.

MARCELINA

Ya, Don Román, usted está picao.

OLMEDO

¿Por qué? ¿Por esto? No soy tan quisquilloso.

MARCELINA

Digo picao de la tarántula.

OLMEDO

¿De qué tarántula?

MARCELINA

Hágase usted er tonto. ¿Se piensa usted que yo m sé lo der noviajo de ustedes cuando prinsipiaro la carrera?

OLMEDO

Ah, ¿usted lo sabe?

MARCELINA

Señales estoy dando de eyo.

OLMEDO

Será porque Nena se lo haya dicho.

MARCELINA

O será porque una tiene vista. No había más que reparar cómo habían ustedes las ersenas de lo pa adivinarlo. Con ningún cómico ha trabajao como con usté, ni usté con ninguna como con a. ¿A que es verdá esto que yo digo?

OLMEDO

Verdad es. Nos entendíamos, sentíamos de la misma manera; nos ayudábamos el uno al otro.

MARCELINA

Er rescordiyo que quedaba.

OLMEDO

Quizás. Ello es—lo confieso sinceramente—que palabras de amor, las sacudidas de los celos, lágrimas de la ternura, hasta los gritos de la emoción más fuerte tenían en Nena Teruel para mí valor de lo humano, de lo verdadero. Apenas comenzábamos á hablar desaparecía la ficción, ha-

cíamos nuestras las dos vidas que representábar en la comedia, y los aplausos eran siempre nuestro premio... Aun á pesar de ella, y aun sin darme cuenta yo mismo, siempre palpitaba secretamente en nuestras escenas de amor un íntimo cuerdo de lo que fué.

MARCELINA

Que es lo que yo he visto.

OLMEDO

Ni más ni menos.

MARCELINA

Y por eso digo que está usted picao.

OLMEDO

Y lo estoy.

MARCELINA

¡Tengo yo un candí de dos mecheros!...

OLMEDO

No he querido á más mujer que á esta, Mar

ma. Esta noche pierdo yo más que nadie. ¡Qué lástima de actriz!

MARCELINA

¡Malhaya! No me hable usted de eso, que se me egüerve la sangre. Traspasá de pena y de coraje estoy yo.

OLMEDO

¿Qué se le ha de hacer? Es tarde para remediárselo.

Pausa.

MARCELINA

¿Cuánto tiempo hase de lo de ustedes? Porque yo fué antes de que yo estuviera con eya.

OLMEDO

Ocho ó diez años ya. En nuestro primer vuelo. Por cosa de niños empezó... Con todo el ardor y toda la inconsciente vehemencia de los veinte años míos y de los quince de ella.

MARCELINA

¿Y duraron mucho los amores?

OLMEDO

Poco más de dos años. Nos separó el trabajo mi viaje á América... ¡la vida! Quizás el figurarse ella que yo era muy poco galán para tan gran actriz, y el presumir yo desde luego que aquella chiquilla no podría nunca codearse con tan gran actor.

MARCELINA

Lo que tienen los pocos años.

OLMEDO

Y pasó el tiempo, y la suerte nos volvió á unir en una compañía; y ella era ya Nena Teruel, la actriz arrolladora, y yo era ya... quien soy. Y juntos hemos corrido estos años triunfales, y por capricho del destino, como ella era la dama y yo el galán aunque ella tuviera en el mundo un novio y yo una novia, teníamos en la escena que enamorarnos. La verdad de mi corazón latiendo siempre compás de la mentira de la escena. Le he dicho de Otelo que al ver su cara de ángel el demonio duraría en llevársela, y de Romeo que era el ruiseñor el que cantaba y no la alondra, y de don Álvaro que el sacerdote nos esperaba en el altar, de don Juan que las orillas del Guadalquivir respiraban amor para ella. Le he dicho que la querré en verso y en prosa, y de cota de malla, y de cham

bergo, y de casaquín, y de frac, y de blusa... El amor siempre entre ella y yo: de niños, con las palabras nuestras; luego, con las palabras que escribieron otros; pero entre ella y yo siempre.

MARCELINA

Cáyese usté, que me va á dá una arferesía. Cáyese usté, don Román, cáyese usté. Cáyese usté, porque al oirle á usté toas esas cosas que está disiendo... Cáyese usté... y haga usté er favó de desirme á mí que también me caye.

OLMEDO

Sí; es lo más acertado. Cállese usted.

MARCELINA

Es muy difisi que yo me caye.

OLMEDO

Pues haga lo que quiera.

MARCELINA

¡Ay, señó, señó!...

Nuevo silencio.

OLMEDO

Dígame, Marcelina: ¿usted cree que esta retirada será absoluta; que nunca más Nena Teru volverá al teatro?

MARCELINA

¡En er nombre der Padre! ¡Como no enviude!
¡Si se casa con un lingote! ¡Más dura tiene la cabeza!... Y que, aunque lo disimule por haserse efino, no traga na de ersenarios adentro. Nena Teru, como si se sepurtara en una mina. Usté despídase de eya esta noche pa siempre.

OLMEDO

Después de todo, así debe ser. ¡Ay!...

MARCELINA

Se entierra en vida la criatura.

OLMEDO

De nuevo ensimismado; lleno de
espíritu de los recuerdos de otros
tiempos.

*... Dadme el laúd;
en trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa
os cantaré su virtud.*

*Una corona de flores
dadme también: en su frente
será aureola luciente,
será diadema de amores.
Dadme, veréisla brillar
en su frente hermosa y pura;
mas llorad su desventura
como á mi me veis llorar.*

MARCELINA

¿De qué función es eso?

OLMEDO

De *El Trovador*. Fué una de las primeras obras que hicimos juntos, allá en nuestros comienzos, en un teatro de un pueblecillo de Andalucía... ¡Leonor! ¡Manrique! ¿Qué ha sido de vuestros amores?

MARCELINA

Esta noche se le aprieta á usté un deo y se le sartan las lágrimas.

Vuelve apresuradamente Laura,
exaltada y con gran alegría.

LAURA

¡Pero, Marcelina!

MARCELINA

¿Eh?

LAURA

¿En qué piensa usted que no va al escenario?
¡Ha acabado la obra! ¡La ovación á Nena hace
llorar!

MARCELINA

¡Dios mío!

LAURA

¡Está todo el público de pie! ¡Las señoras la sa-
ludan con los pañuelos! ¡Los ¡bravos! y los ¡vi-
vas! atruenan! ¡El escenario es un monte de flo-
res! ¡Yo estoy pasando un rato!... Mire usted,
mire usted cómo tiemblo... ¡Venga usted con-
migo!

MARCELINA

¡Hija de mi arma!

Se va de estampía.

LAURA

Olmedo, venga usted también.

OLMEDO

Emocionado.

Vamos... sí... vamos todos.

Se marcha tras Laura y Marcelina.

Un momento después reaparece como disparado Torralba.

TORRALBA

En mitad de la escena, aturdido.

¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

Llegándose á la puerta.

Pase usted, Chirel.

Pasa Chirel, periodista miope que no usa lentes.

CHIREL

Muchas gracias.

TORRALBA

Aquí están los demás regalos. Ya ha tomado usted nota de las cestas y de los que hay en el saloncillo, ¿verdad?

CHIREL

Sí, sí, sí, señor, sí.

TORRALBA

Pues éstos son los que le faltan, ¿Qué?

CHIREL

Estos, sí. Quiero hacer una información muy completa. Sí. No todos los días se da una actualidad tan curiosa.

TORRALBA

¿Qué?

CHIREL

Sí.

TORRALBA

¿Qué?

CHIREL

Sí. Con permiso de usted voy á ir apuntando. .

TORRALBA

Bueno, aquí se queda. ¿Qué? Yo voy al escenario. ¿Qué?

CHIREL

Sí, sí, sí.

TORRALBA

A sus órdenes.

CHIREL

Gracias.

TORRALBA

Adiós.

Se va rápidamente.

Chirel saca pluma y cuartillas y va anotando los regalos, mirando primero el objeto y leyendo luego la tarjeta que está con cada uno. Escribe acercándose tanto el papel á los ojos, que se teme, viéndolo, que se salte uno con la pluma.

Á la tercera ó cuarta apunación llegan Molina y Bello, asiduos contertulios de Nena Teruel, militar el uno y paisano el otro. El militar es desenfadado y frescote y el paisano correcto y cortés.

BELLO

Lo dicho, querido Molina: yo me pongo luto en el sombrero y en el brazo. Buenas noches, amigo Chirel.

CHIREL

Buenas noches, señores.

MOLINA

Muy buenas. Convéncete, chico: no hay más que una salida satisfactoria.

BELLO

Tú dirás.

MOLINA

¡Matar al marido!

BELLO

Riéndose.

¡Hombre! ¡Matar al marido! ¿Por qué?

MOLINA

¡Por ansioso!

BELLO

No; yo no lo quiero mal: yo no hago más que envidiarlo y admirarlo á la vez. ¡Ha sabido llevarse algo que era de todos para él solito!...

MOLINA

¡Pues por eso mismo hay que pegarle un tiro en la cabeza! ¡Y cómo está Nena esta noche! Yo nunca la he visto más guapa.

BELLO

Ni yo: en eso convengo contigo.

CHIREL

Confidencialmente.

Hombre, y á mí que Nena Teruel, como mujer —como actriz me quito el sombrero,— como mujer nunca me ha dicho nada.

BELLO

¿Qué habla este temerario de Chirel?

CHIREL

¡Nunca! La encuentro vulgar, insignificante. Sí.
¡Nunca me ha dicho nada!

MOLINA

Señor mío, ó se calla usted ó por usted van á empezar los muertos. ¡No hay derecho! Usted ve muy poco.

CHIREL

Ya, ya sé que ustedes son de los incondicionales de su belleza, pero, ¿qué quiere usted? sobre gustos no hay nada escrito.

MOLINA

¡Ni una palabra! Y si se escribe algo no se lo encargarán á usted.

CHIREL

Sí.

MOLINA

No, no; no se haga usted ilusiones.

CHIREL

¡Je! ¡Qué mal le ha caído!

Risas.

Sollozando, y con los ojos encendidos de llorar, pasa Marcelina de la puerta del cuarto á la del tocador, en el cual se encierra á desahogarse.

BELLO

¡Pobre Marcelina! Llorá á Nena como por muerta esta noche.

CHIREL

¿Cómo se llama esta señora?

BELLO

Marcelina.

CHIREL

Es interesante la figura para mi información. Entre doncella y señora de compañía... Sí. Me va, me va. Sí.

Toma nota.

BELLO

Pensaba yo, Molina, en regalarle á Nena un álbum copiosísimo, encuadernado en pergamino, con las firmas de todos sus admiradores.

MOLINA

¡Eso es una cursilería! Aquí no hay que hacer más que lo que yo propongo; no le des vueltas: ¡matar al marido! ¡Es la única solución razonable! ¡Matar al marido!

Halagada por la feliz idea, sale
Marcelina del tocador.

MARCELINA

¿Quién ha dicho eso?

MOLINA

Servidor, señora.

MARCELINA

¡Pos cuente usted conmigo pa er primer gorpe!

MOLINA

Y usted conmigo para lo que se ofrezca.

BELLO

Silencio, por Dios, no se vaya á presentar *la viuda*... ¡Ja, ja, ja!

CHIREL

¿Qué aplausos son esos?

BELLO

Es verdad, que suenan aplausos.

Se asoman á la puerta del cuarto. Los aplausos á que se refieren son nutridos y calurosos, y á cada instante suenan más cerca. Todos los carpinteros, tramoyistas, guardarropas, celadores y demás dependientes del escenario, á cuyo frente viene Antonio, el jefe de la maquinaria, acompañan á Nena Teruel á su cuarto entre palmas y vítores.

MOLINA

La ovación de la sala que llega hasta aquí.

MARCELINA

No, señó, no; es la gente del ersenario. Los tramoyistas y los carpinteros, que la quieren mucho.

BELLO

¡Pues es una verdadera ola!

CHIREL

Volviendo á tomar nota.

¡Muy interesante! ¡Muy bonito!

MARCELINA

·Pobresita mía!

Llega á su cuarto Nena Ternel conmovidísima, con las lágrimas á flor de los ojos; las mejillas ardientes. El acompañamiento se agolpa á la puerta, sin dejar de aplaudirla. Ella ve á Marcelina é instintivamente se le abraza en silencio. Los aplausos siguen, haciendo más viva la emoción de todos en tal instante. Al cabo Nena se separa de Marcelina, y habla entre lágrimas, dirigiéndose á los que la aplauden.

NENA

Basta ya, por Dios; basta ya de aplausos, Antonio. ¡Que no puedo más!

ANTONIO

¡Ea, callarse! ¡Callarse! ¡Callarse todos!

Cesan los aplausos completamente.

NENA

Tendiendo sus manos á los amigos, sonriente y llorosa á la par.

Señores... *la commedia è finita*. En una noche... en unas horas... de ser á no ser.

ANTONIO

Tomando la palabra.

Nosotros, señorita Nena, no molestamos más. Nosotros, lo que hemos querido...

CARPINTERO

¡A ver lo que dices!

TRAMOYISTA

¡Calla tú, que él sabe!

ANTONIO

Hombre, un poco de educación; que no cuesta nada.

CHIREL

Entusiasmado.

¡Esto es muy bonito!

ANTONIO

Nosotros, señorita Teruel, no hemos querido más que demostrarle á usted la satisfacción que con usted tenemos por el disgusto que nos causa su despedida.

NENA

Muchas gracias, Antonio.

ANTONIO

Usted ha sido pa nosotros mejor que nadie en este mundo, porque nos ha tratao sin orgullo siempre, valiendo más que otras y pudiendo mandarnos más bien que otras.

GUARDARROPA

¡Que te cueles!

ANTONIO

¡Que te calles tú!

CARPINTERO

¡Hombre, por Dios!

TRAMOYISTA

¡No estropearla á última hora!

Se produce una ligera disputa
en el grupo, que pronto calma
Antonio, imponiéndose.

ANTONIO

¡A ver si va á ser posible! ¡Paece mentira, hombre! ¡Callar!

CARPINTERO

¡Schssss!

ANTONIO

Usté dispense, señorita Teruel. Es que con el osequio que usté nos ha hecho se ha calentao la gente un poquillo, y no hay quien los contenga. De modo y manera que lo más acertao es irnos ya

de aquí, y dejarla á usted que descanse, y darle á usted otro aplauso, pa que el de los pobres sea el último que se lleve usted en los oídos.

NENA

Id con Dios, id con Dios...

ANTONIO

Hasta mañana si Dios quiere. ¡Otro aplauso!

Rompen á aplaudir todos, secundados ahora por los contertulios presentes, y aplaudiendo se alejan.

CHIREL

¡Muy bonito; pero muy bonito! ¡Esta nota de la gente humilde es preciosa!

BELLO

A mí me ha tocado en el corazón; lo digo con franqueza.

Llega Tarazona y pregunta, deteniéndose á la puerta del cuarto.

TARAZONA

¿Se puede pasar?

NENA

Adelante.

Pasa con la venia de la actriz y se acerca á saludarla. Es un hombre de mediana edad, nacido en la Rloja, campechano y francote. Habla con ligero dejillo parecido al aragonés. Viene de smoking, pero mejor vendría de americana.

TARAZONA

Usted no me conoce, señorita Teruel.

NENA

No, señor; en este momento no caigo.

TARAZONA

No, no; si no me conoce en absoluto; si en su vida me ha visto. Buenas noches, señores.

BELLO

Buenas noches.

MOLINA

Buenas noches.

CHIREL

Buenas noches.

TARAZONA

Al final del segundo acto estuve aquí, pero había tanta gente en el cuarto, que no quise entrar. Era esto un hormiguero.

NENA

Sí, señor; subió todo el mundo.

TARAZONA

Y ahora ya he visto cómo la aplaudía la gente de la casa. Aplausos allá fuera y aquí dentro. Está bien, está bien. Yo me he tomado la libertad de enviarle á usted una cesta de rosas.

NENA

¡Ah! ¿La cesta toda de rosas es de usted? ¿Es usted el señor... Tarazona?

TARAZONA

Servidor.

NENA

Pues un millón de gracias. La cesta es bellísima. Ha llamado la atención de todos. Empezando por mí.

TARAZONA

Esa es la única opinión que me interesa. Las demás, nada valen en el caso presente. Con perdón. Ni la cesta valía nada tampoco antes de estar aquí.

NENA

Muchas gracias.

TARAZONA

La verdad. Si es un atrevimiento ó no, discúlpemelo. Y que me lo disculpe su futuro de usted, si por casualidad es alguno de estos señores.

BELLO

¡No! ¡no!...

MOLINA

¡Ca!...

TARAZONA

La cuestión es que yo no quería que usted se marchara á su casa sin echarle la despedida, como cantan los mozos de mi pueblo.

NENA

¿Es usted...?

TARAZONA

De la Rioja. En Logroño vivo, y allí me tiene á su devoción. Usted no sabe lo que yo la admiro, señorita. Este viaje á Madrid no ha sido más que para asistir á la función de hoy.

NENA

¿Es de veras?

TARAZONA

¿Pues no lo ha de ser? Tan de veras como que me cuesta una semana sin cruzar la palabra con mi costilla. ¡Buena se ha quedado!

NENA

¡Jesús!

TARAZONA

Pero no me importa: ¡tengo todo el año para hablar con ella de lo que se terciel... Yo, señorita Teruel, aunque parezco burdo y zafio por mis maneras y mis expresiones, soy un romántico por dentro. No se rían ustedes. Yo no he visto nunca una actriz que más me enamore y me cautive. Ha hecho usted siempre con mi corazón lo que ha querido. Le debo á usted emociones muy hon-
das, muy puras; noches enteras inolvidables. La he visto á usted y la he aplaudido en casi todas las provincias de España. Y también en América. Así es que cuando supe lo de la retirada me llevé un gran disgusto. ¿De quién he de esperar yo ahora lo que con usted se me va? Y esto es todo, señorita Teruel. Usted deja el teatro por la casa, y eso es sagrado. Dios la colme de dichas. Por mi parte, dentro del sentimiento de no volver á verla, tengo el gusto de que me acepte usted esas flores y de estrechar su mano.

NENA

Y yo una viva satisfacción en conocerlo á usted y en haber oído cuanto me ha dicho.

TARAZONA

En el temblorcico con que se expresa noto que no es eso una cortesía.

NENA

Puede usted creerlo. Yo no he sabido fingir nunca más que en escena, y ahora... ya...

Asoman en plan de despedida
Laura y doña Gertrudis, su madre.
Emocionadas besan á la actriz.

LAURA

¿Usted vuelve mañana?

NENA

Sí; mañana vuelvo.

LAURA

Hasta mañana, entonces.

NENA

Adiós, fea.

DOÑA GERTRUDIS

Hasta mañana, Elena.

NENA

Adiós, doña Gertrudis.

DOÑA GERTRUDIS

Que usted descanse. ¡Loca va ésta con su mantilla!

NENA

Adiós, adiós.

LAURA

Adiós.

NENA

Adiós.

Se marchan madre é hija.

BELLO

Nosotros también nos despedimos, que es última hora y usted necesita reposo.

MOLINA

Sí, sí.

Se presenta presuroso Torralba,
también de despedida.

TORRALBA

Nenita, ¿quieres algo?

NENA

Muchas gracias, Torralba. ¿Las flores...?

TORRALBA

Repartidas como tú me encargaste. ¿Qué? En el
saloncillo quedan no más que cuatro cestas. ¿Qué?

NENA

Esas ya las mandaremos mañana.

TORRALBA

Los otros regalos te los enviaré á casita á primera hora.

NENA

Bueno.

TORRALBA

Y á descansar de tantas emociones. ¿Qué?

NENA

¡Bien lo necesito!

TORRALBA

Despidiéndose de todos vertiginosamente.

Adiós, Bello. Adiós, Molina. Adiós, Chirel. Señor mío... ¿Qué? ¡Buenas noches!

Volviéndose en la misma puerta.

¡El trabajo que me ha costado hacer una tablilla sin tu nombre! ¿Qué? ¡Hay que sufrir! Buenas noches á todos.

Se va.

TARAZONA

Buenas noches.

BELLO

Elenita, sin palabras, porque la emoción no las tiene. Le deseo á usted en su futuro hogar, en el

nido de flores donde va usted á ser la paloma, en ese santuario que forma el amor, le deseo á usted, repito, tan inacabables venturas, tan supremas dichas, mieles tan sabrosas...

MOLINA

¡Hombre, que has dicho que te despedías sin palabras!

BELLO

¡Qué zángano eres! Elenita...

Le estrecha las manos con los ojos en blanco y se aparta de ella con cara de caramelo chupado.

MOLINA

Yo, sin palabras de veras. Soy siempre su amigo: ¡perdono á su marido de usted! ¡No se puede hacer más!

NENA

Muchas gracias.

CHIREL

Servidor, agradecidísimo á sus deferencias. Sí. Ya le mandaré á usted la revista.

NENA

Lo estimaré mucho.

CHIREL

Miles de enhorabuenas.

NENA

Gracias, gracias. Adiós.

TARAZONA

Pues lo dicho, dicho. A descansar, señorita Teruel, y á mandarme lo que se le ocurra. Si alguna vez puedo servirla en algo, tendré en ello el mismo placer que he tenido aplaudiéndola en todas partes.

NENA

Un millón de gracias.

MOLINA

Buenas noches.

TARAZONA

Á los otros.

Pasen ustedes.

BELLO

Après vous.

Se van los cuatro. Nena les sonríe afectuosamente.

Pausa. Se miran en silencio Marcelina y ella.

NENA

Suspirando al cabo.

¡Ay! Vamos á quitarnos por fin este disfraz.
Anda, Marcelina.

MARCELINA

Vamos.

Se entra en el tocador.

Cuando Nena va á irse, advierte la presencia de don Diego Espinosa, que llega. Durante su breve diálogo con él, vuelve Olmedo, quien aguarda para hablarle á que don Diego se retire.

NENA

¡Don Diego!

DON DIEGO

Ven aquí, Nena, ven aquí. He estado esperando para despedirme á que se fueran todos los señoritos. No quiero ver á nadie. Ni que nadie me vea. Cuando piso esta casa quisiera ser gas hasta llegar á tu cuarto. ¿Me entiendes?

NENA

De sobra; sí, señor.

DON DIEGO

Con todo el mundo soy áspero y desabrido, y contigo tierno. Mis razones tendré. Te felicito por la última escena: por el arte con que la has hecho, y porque es la última que haces. Te vas del teatro cuando todavía quedan en él muchos años de flores para ti. Pero no te pese. Creo que tu marido es el hombre que más te quiere en la tierra, por lo mismo que te arranca de aquí.

NENA

¿Usted no dejará de ir por casa?

DON DIEGO

Cuando tú me llames. Ahora ya no es igual.

NENA

Ahora y siempre será todo igual para usted
¿Lo oye?

DON DIEGO

Basta, basta; que ya no estamos solos. Y todo
se interpreta como quiere el diablo. Adiós, Nena
adiós. Bastante hemos hablado ya.

NENA

Adiós, don Diego.

DON DIEGO

A Olmedo.

Dios le guarde, caballerito.

OLMEDO

Buenas noches, don Diego. Creí que no quería
usted nada conmigo.

DON DIEGO

*¿Si digo que os guarde Dios,
bastante agrado no os nuestro?*

NENA

¡Que espero verlo pronto por casa!

DON DIEGO

¡Cuando tú me llames!

Se aleja murmurando los versos siguientes,

*Jamás delante de un hombre
mi alta cerviz incliné...*

OLMEDO

La fiera.

NENA

La fiera: así le nombran. ¿Nació fiera, ó lo volvieron fiera entre todos?

OLMEDO

Quizás haya algo de las dos cosas.

NENA

¿Y tú dónde has estado, que no te he visto en toda la noche?

OLMEDO

Lo he hecho adrede.

NENA

¿Adrede?

OLMEDO

Como no has querido que yo tomara parte en la función, no quise tampoco enojarte con mi presencia.

NENA

Riéndose.

¡Jesús, qué cosa más ridícula!

OLMEDO

¿La encuentras ridícula?

NENA

Y tú también, en cuanto te dé el fresco de la calle. Anda con Dios.

OLMEDO

¿Me despides?

NENA

Sí, hombre; dispensa. Voy á desnudarme; van á apagar la luz. Se ha marchado ya todo el mundo. ¿Qué quieres?

OLMEDO

Nada, nada, mujer.

NENA

Pues hasta mañana.

OLMEDO

Yo no vendré mañana. No tengo ensayo ni función.

NENA

Yo sí vendré. A desalojar esto, á repartir algunas flores, á decirles á todos adiós... ¡Y ahí te quedas, mundo amargo!

OLMEDO

Amargo, sí.

NENA

Para ti no lo ha sido, Román.

OLMEDO

¿Y tú lo dices?

NENA

Vaya, adiós.

OLMEDO

Adiós. Que seas muy dichosa.

NENA

Espero serlo. Que tú también lo seas.

OLMEDO

Gracias.

NENA

Adiós.

Éntrase en el tocador.

OLMEDO

Tras de algunos pasos por la escena, durante los cuales lucha consigo mismo.

¿Para qué he hecho esto?

Alzando la voz.

Ya me voy, Nena. Buenas noches.

NENA

Desde dentro.

Vete con Dios, Román.

OLMEDO

¿Me dejas que me lleve una flor?

NENA

Coge las que quieras.

OLMEDO

No quiero más que una.

NENA

Es igual. Mañana le enviaré una cesta á tu madre.

OLMEDO

No te molestes.

NENA

No es molestia, tonto. Es gusto que tengo.

OLMEDO

Gracias en su nombre. Adiós.

NENA

Adiós.

Al marcharse Olmedo llega José Manuel. Se reconocen, sorprendidos de hallarse en tal ocasión el uno y el otro, y se hacen una forzada reverencia. Olmedo se retira luego.

José Manuel es hombre de complexión robusta y delicado espíritu. Habla con viveza y calor. Es siempre sincero. Su estado en este instante es crítico: los más extraños celos se han apoderado de su alma.

Viste con sencilla distinción.
Trae un gabán al brazo, que tira
en seguida sobre un mueble.

JOSÉ MANUEL

¿Ese hombre, además? ¿Qué hacía aquí ese hombre á estas horas? ¿Y más flores también? ¿Es que han sido pocas las del escenario?

MARCELINA

Asomándose con curiosidad.

¿Quién es?

Aterrada al ver á José Manuel.

¡Josús! ¡quién está aquí!

Se vuelve dentro

NENA

¿Quién?

JOSÉ MANUEL

¡Yo!

NENA

¿Tú?

JOSÉ MANUEL

¡Yo mismo!

NENA

Espera.

José Manuel pasea desasosegado.

JOSÉ MANUEL

He dicho que soy yo, y no es cierto. No soy yo: es otro. Yo no me conozco, á lo menos.

Sale Nena del tocador risueña y anhelante. Se ha desprendido ya de algunas galas, pero aún conserva el traje de la comedia.

NENA

¿Qué venate es este, criatura? ¿Estás loco? ¿No me dijiste que no vendrías?

JOSÉ MANUEL

Sí; eso te dije: no pensaba venir. No traté de engañarte.

NENA

Ya lo comprendo.

JOSÉ MANUEL

Pero luego no pude hacer mi voluntad. Fueron las circunstancias más fuertes que yo. Y ya ves: he venido.

NENA

¿Y has estado en el público?

JOSÉ MANUEL

Sí. ¿No te lo ha dicho el corazón? Es verdad que en todo habrás pensado menos en mí.

NENA

¡Qué cosas se te ocurren! ¿Pero en qué sitio has estado que no te he visto?

JOSÉ MANUEL

Arriba: donde nadie me conocía.

NENA

Eso es: como un hurón. ¡Qué rabia no saber que estabas ahí! No te lo perdono.

JOSÉ MANUEL

¿Y qué más te daba saberlo ó ignorarlo?

NENA

¿Eso crees?

JOSÉ MANUEL

Entiéndeme: esta noche menos que nunca eras tú mía.

NENA

¡Esta noche más que nunca lo era!

JOSÉ MANUEL

¡No!

NENA

¿Que no?

JOSÉ MANUEL

Eras de tu público, de tu gloria, de tu arte. Lo he visto en los rostros de todos, en las voces que aclamaban tu nombre, en muchos ojos que lloraban, en las manos que te aplaudían frenéticamente.

NENA

¿Y todo eso lo dejo por ti y era de ellos y no era tuya? ¡Ingrato!

JOSÉ MANUEL

Ingrato, no; celoso.

NENA

¡Celoso de mi última noche de artista!

JOSÉ MANUEL

Celoso de todo: de los menores movimientos, de los comentarios en voz baja, de los actores que te miraban en la escena... ¡hasta de las flores que te arrojaban á los pies!

NENA

Pero, José Manuel, yo no te he visto nunca de esta manera.

JOSÉ MANUEL

Es posible que no. Me salí á la calle, dispuesto á no presenciar más nada de aquello; me alejé del teatro resueltamente, y á poco me hallé con que

lo rondaba. No sabía apartarme de él. Hasta mí llegaba en la calle el vivo estruendo de los aplausos. ¡A cien leguas lo hubiera oído! Y volví adentro.

NENA

¡Qué puerilidades las tuyas, José Manuel! ¡Qué caro te cuestan y cómo me disgustan á mí! Tú, el hombre de hierro, te vuelves de cera algunas veces.

JOSÉ MANUEL

Sí.

NENA

Lo más insignificante y ligero te deja huella en el corazón.

JOSÉ MANUEL

Sí.

NENA

Justamente la noche de tu gran victoria, la noche en que nuestro amor, en que tu amor triunfa de todo, de mi vocación, de mi gloria, de mi vida, te gozas en atormentarte. ¿Por qué eres de este modo?

JOSÉ MANUEL

¡Qué sé yo! No parece sino que el aire del teatro está lleno de invisibles espinas para mí. ¡Ojalá no hubiera venido!

NENA

¿Por qué? ¡Si has debido venir y estar más contento que nadie!

JOSÉ MANUEL

¡Más contento que nadie!... ¿Y si yo te dijera...?

NENA

¿Qué?

JOSÉ MANUEL

No, y he de decírtelo; sí, he de decírtelo, porque no sé callarte nada.

NENA

Ni hay razón para ello. ¿Qué te ocurre? Dime ya lo que tienes, hombre. Dímelo.

JOSÉ MANUEL

Por primera vez en mi vida, por única vez desde que nos queremos, he sentido esta noche... no sé cómo expresártelo, Elena... he sentido como la pesadumbre... como el remordimiento...

NENA

¿De qué, loco?

JOSÉ MANUEL

De esto que hago contigo; de este sacrificio de tu gloria á que mi cariño te ha obligado.

NENA

¡No sigas!

JOSÉ MANUEL

Ha sido una ráfaga no más; pero he sufrido su influjo y te lo confieso.

NENA

¡Calla!

JOSÉ MANUEL

Déjame hablar. Por eso estoy aquí á estas horas; por eso he tenido que entrar á verte: para que me repitas, para que me jures otra vez que me quieres á pesar de todo y por cima de todo. Y ha de ser ahora, ahora mismo; cuando aún aturde tu cabeza el eco de los aplausos, que ya perdiste, y cuando aún tiembla tu corazón lisonjeado por las caricias de esta gloria que dejas. ¡Júramelo!

NENA

Yo debiera ofenderme, si no te conociera. ¡Sacrificio mío le llamas á abandonarlo todo por ti! ¿Es que has olvidado cómo te quiero? ¡Ingrato; ingrato otra vez; mil veces ingrato!

JOSÉ MANUEL

¡No!

NENA

¡Sí! Dejo esta vida, y si dijese que la dejo sin pena mentiría.

JOSÉ MANUEL

¿Ves tú?

NENA

¿Cómo quieres que no la quiera, hombre, si ha sido mi ser hasta ahora... si en ella y por ella te conocí?

JOSÉ MANUEL

Cierto. Discúlpame.

NENA

Ya he empezado por disculparte: ya te he dicho que te conozco. Descansa, tranquilízate. Aquí quedaron enterrados esta noche, por la mano más poderosa del amor, laureles y flores de Nena Teruel... Un momento después que hubieras venido, ni siquiera estas galas habrías visto ya. Se acabaron las excitaciones del triunfo, las lágrimas de la injusticia, la pasión de esta vida, que es todo pasión. Cayó á tierra, cuando más firme estaba, mi trono de actriz. Lo ha derribado un soplo de amor. Y ya no deseo más triunfo que el de tu cariño, ni más trono que el de tus brazos.

Conmovida.

¿Es esto lo que querías oirme?

JOSÉ MANUEL

Con vehemencia.

¡Esto es, esto es! Perdóname. Nada me duele más que ser injusto. ¡Y serlo contigo!...

NENA

Ya vas volviendo en ti.

JOSÉ MANUEL

Bien dices.

NENA

Pocas palabras han bastado.

JOSÉ MANUEL

Pocas, porque salieron de tu corazón.

NENA

¡Qué alegría!

JOSÉ MANUEL

¡Mayor que la tuya es la que á mí me das! ¡Te quiero de tal suerte, que un segundo imaginando

que no eres mía me pesa como un siglo! Dichoso yo que te llevo á mi lado, que acerté á descubrir á través de oropeles y resplandores capaces de cegar ú ofuscar á otros, la mina virginal de tu alma. No naciste tú para divertir á los hombres, ni aun de la más noble manera, desde el tablado de la pública escena, sino para alumbrar una casa: mi casa; no nacieron tus ojos para mirar á todos, sino para mirarme á mí; ¿verdad?

NENA

¡Verdad!

JOSÉ MANUEL

No nació tu corazón para fingir amores, sino para sentir uno solo.

NENA

¡El tuyo!

JOSÉ MANUEL

¡Ni nacieron tus mejillas de rosa para teñirse con el colorete de la farsa!

NENA

¡Si vieras cómo se estremece mi orgullo al oírte decir eso!

JOSÉ MANUEL

¡Alma mía!

NENA

¡La casa!... Pocos hombres pueden comprender —quizás tú solo lo comprendes— qué suerte de ensueño encierra esa palabra para muchas mujeres de las que tienen que salir á divertir á todos al tablado de la pública escena, como tú decías. Sólo tú, nada más que tú, oye esto, entre los muchos que han revoloteado en torno mío, sólo tú me has dicho: «Yo tengo mi casa para ti.»

JOSÉ MANUEL

¡Para ti, sí, para ti! ¡Mi casa, mi nombre, mi vida!

NENA

¡Mi vida y mi nombre para ti!

De repente se apaga la luz de
la escena.

JOSÉ MANUEL

¿Qué es esto?

NENA

Que nos dejan á oscuras; ya lo ves. Que son las tantas, y el electricista del teatro, ó supone que ya nos hemos ido todos ó nos quiere indicar que debemos irnos.

JOSÉ MANUEL

Ah.

NENA

¡Marcelina!

MARCELINA

Saliendo á tientas del tocador.

Ya, ya voy.

NENA

Llégate y dile á Baltasar que dé luz otra vez y que espere un instante, que en seguida nos marcharemos.

MARCELINA

Vamos ayá. ¡Miste qué gracia, ahora!

Vase.

La soledad y el misterio de la escena estimulan en este instante el amor de José Manuel.

JOSÉ MANUEL

Ven, nena; ven á mí.

NENA

¿Qué es eso? ¿Me llamas tú Nena?

JOSÉ MANUEL

¡Nena por niña, no por tu nombre del teatro!
¡Ven!

NENA

¿Qué quieres?

JOSÉ MANUEL

Ven. Tenerte cerca.

NENA

No...

JOSÉ MANUEL

Sí... Ahora que no me detiene tu rubor, porque
no lo veo, quiero pedirte un beso.

NENA

Con suave ironía y sentimiento.

Deja... Aún tengo en los labios el colorete de la farsa... Espera.

JOSÉ MANUEL

Esperaré.

Delicadamente le hace apoyar la cabeza en su pecho. Vuelve la luz, y con ella Marcelina del escenario.

MARCELINA

Contemplando desde la puerta el grupo de los enamorados.

¿Y pa vé esto he ido yo á desí que den luz?

JOSÉ MANUEL

Dejando á Nena.

¿Eh?

MARCELINA

Bartasá me ha dicho que hagas er favó de andá de prisita, que ér tiene que marcharse.

Se entra en el tocador.

NENA

Sí; es cuestión de un minuto. ¿Me aguardas tú, José Manuel?

JOSÉ MANUEL

Te aguardo, sí; te dejaré en tu casa.

NENA

Pues ya salgo.

Éntrase también en el tocador.
Antes de entrar le dice, mirándolo con cariñosa coquetería, y en voz muy baja:

No te quiero.

JOSÉ MANUEL

Paladeando aquella miel

¡Es mía! ¡Nada más que mía!

Pasea tranquilo y dichoso.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Alegre y primorosa estancia en casa de José Manuel Ramos. Al foro amplio mirador de cristales, que da al jardín de un hotel contiguo. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda del actor, que respectivamente conducen al interior de la casa y al pasillo que lleva á la calle. Muebles adecuados. Plantas de estufa. Es de día y estamos en Otoño.

Aparece Nena sentada junto al mirador leyendo un libro. Á poco, cuando más embebida está, llega Marcelina por la puerta del pasillo, con dos tarjetas. Al pronto Nena ni la ve ni la oye.

MARCELINA

Contemplando á Nena.

¡Leyendo! ¡Claro! ¿Qué va á hasé? ¿Cuándo no es Pascua?

Llamándola.

Nena. ¡Nena! ¿Te has caído en un poso? ¡Nena!

NENA

¿Eh? ¿Por qué me llamas Nena? ¿No te he dicho que me llames Elena siempre?

MARCELINA

¡Mujé, si ahora estamos solas tú y yo!

NENA

Aunque estemos solas. Por no acostumbrarte, luego te equivocas delante de José Manuel, y no hay para qué contrariarlo. Además, no quiero, no me gusta este género de reservas; me duele la boca de repetírtelo. A solas conmigo es lo mismo que delante de él.

MARCELINA

Güeno, hija, güeno; pierde cuidao, que no gorveré á yamarte más que Elena. ¡Has cambiao hasta er genio! Si á mí me hubieran dicho argún día que mentá en tu casa á Nena Terué iba á sé un delito, ¡me hubiera refo poco!

NENA

No es que sea un delito; es que á mi marido le desagrada. Y no hay más que hablar.

MARCELINA

Le desagrada eso y le desagrada que se nombre na der teatro, hija mía. ¡Mía que los ojos que me echó anoche porque me puse á referí una función!

NENA

Pues así hay que tomarlo.

MARCELINA

Pasiencia y barajá. Ten estas dos tarjetas que er portero ha subío.

NENA

Después de mirarlas.

Ponlas ahí en el tarjetero.

MARCELINA

Obedeciéndola.

Es muy graciosa esta manera de hasé visitas: se yega á la puerta e la caye, se le dobla un pico á la tarjeta, se le entrega ar portero... y ya se ha hablao con toa la familia. ¡Es lo mismo que mandá abrasos y besos por carta!

NENA

Lo mismo.

MARCELINA

¿Pos no es verdá? Por supuesto, argunas veses más vale vé sólo la tarjeta. ¡Porque mira, *Elena*, que vienen á tu casa unos tipos...!

NENA

Calla.

MARCELINA

Se conose que los ingenieros no tratan más que con avechuchos.

NENA

¿Quieres callar?

MARCELINA

Ayé dos ingleses como dos fideos amariyos; antié, un alemán que era cuadrao: no cabía á salí por el asensó. ¡Y sin peanas! Pisó á la perra y se oyó en mi pueblo el auyío. ¡Y cuarquiea los entiende! ¡Esta casa es la Torre e Babé!

NENA

Bueno, déjame, Marcelina, que estoy leyendo.
¿Qué yerba has pisado?

MARCELINA

Ninguna. ¿Quieres luego er coche?

NENA

No. No salgo esta tarde.

MARCELINA

Ya, ni er paseo.

NENA

Mujer, no tengo ganas hoy.

MARCELINA

Ni hoy, ni ayé, ni antié, ni tras de antié.

NENA

Anda, anda vete; déjame, te digo.

MARCELINA

Sacaremos á la perra á la caye. ¡Que siquiera el animalito respire por ahí! Hasta luego. ¡Un novio le vi á buscá der teatro!

NENA

En tono repressivo.

¡Marcelina!

MARCELINA

¡Argunas veses tendría que sé muda pa no mentarlo! ¡Ay, qué tres añitos de hogá tranquilo! ¡Dios me los tome en cuenta!

Se va sofocadísima por donde llegó.

NENA

¡El pan nuestro de cada día!

Riendo.

Y se cree un prodigio de disimulo.

Queda un instante pensativa, suspira después y sigue su lectura.

Del interior de la casa viene José Manuel.

JOSÉ MANUEL

Hola. ¿Leyendo todavía?

NENA

Me ha interesado mucho esta novela.

JOSÉ MANUEL

No la conozco.

NENA

Si tú no lees más que librotos.

JOSÉ MANUEL

Hija, los que me interesan á mí.

NENA

Estos también te interesarían si los leyeras.

JOSÉ MANUEL

Pero no tengo tiempo.

NENA

¡Dichoso tiempo! Siempre te falta para todo lo que sea distracción; para todo lo que á mí me gusta.

JOSÉ MANUEL

¿Para todo?

NENA

Hombre, en general. Ven aquí. Mira como tienes los ojos: se te van á poner malos. Trabajas mucho: no descansas.

JOSÉ MANUEL

Cuando estoy metido en una empresa grande, como ahora, no sé dejar nunca los papeles. El único descanso que les permito á mis ojos es el de mirarte.

NENA

Con aire de cariñosa queja.

Pues descansan muy poco, José Manuel.

JOSÉ MANUEL

Pero como es un descanso que á la vez los recrea, les aprovecha más.

NENA

Déjate de flores. No tienes horas para mí. Vives en tu despacho, en tu mundo, en tu fiebre. Algunas veces me dan celos de tu ayudante.

JOSÉ MANUEL

¡Qué gracia! ¡Celos de Evaristo!

NENA

¡Claro! ¡Es una adoración la que sientes por él!... ¡Demonio de hombre! ¡Más antipático!...

JOSÉ MANUEL

¡Ah, no! Evaristo es una verdadera alhaja. Me sirve á maravilla. Tiene muchísimo talento. Y es de bronce: incansable. Se lleva si hace falta dos noches en vela, y lo tienes como si se acabara de levantar.

NENA

¿Cuándo lo mandas á un viajecito?

JOSÉ MANUEL

Muy pronto.

NENA

¿A las obras del ferrocarril de Canales?

JOSÉ MANUEL

Cabal.

NENA

Me parece admirable idea.

JOSÉ MANUEL

Lo malo es que yo habré de acompañarlo.

NENA

¡Espantárame á mí! ¡Te digo que le tengo rabia! Siempre te me roba. ¿Y á qué vas tú á Canales, puede saberse, habiendo estado hace veinte días?

JOSÉ MANUEL

Voy porque ha habido una desgracia entre los obreros.

NENA

Ya.

JOSÉ MANUEL

El capataz le quita importancia, pero yo no me quedo tranquilo sin ver lo que es. Además, en estos casos dolorosos, nada agradecen ellos tanto como mi presencia. Significa cariño, atención, interés, no de jefe, sino de prójimo. Por eso quiero ir.

NENA

Siendo así, nada te diré yo que se oponga á ello. Pero, mira, vuélvete luego sin Evaristo; déjalo allí unos días.

JOSÉ MANUEL

Riendo.

¡Haré lo posible por complacerte! Qué, ¿esta tarde no sales?

NENA

No. Me he emperezado. Si contara contigo, tal vez sacudiría la pereza.

JOSÉ MANUEL

Mañana: hoy no puedo.

NENA

Mañana ayunará Gálvez.

JOSÉ MANUEL

Mujer, hoy estoy esperando á un amigo.

NENA

¡Por vida de los amigos!

JOSÉ MANUEL

Este viene á traerme un negocio.

NENA

¡Por vida de los negocios! ¿Y qué amigo es?

JOSÉ MANUEL

¡Un aparecido! ¡Hacía un siglo que no lo veía! Nos conocimos en los años en que yo estuve estudiando en el extranjero. En París vivimos juntos dos meses.

NENA

Ah, vamos; algún camarada de estudios.

JOSÉ MANUEL

No; él es hombre de más edad que yo. Estaba en París divirtiéndose. Simpatizamos mucho. Ahora viene á hablarme de un salto de agua que hay cerca de unas posesiones suyas y que él quiere aprovechar como fuerza eléctrica. Allá veremos.

NENA

¿Y á qué hora lo esperas?

JOSÉ MANUEL

Pronto. No debe de tardar.

NENA

Pues encantada yo. Mientras tú despachas con él me arreglo un poco, y cuando él se vaya nos marchamos los dos por ahí. Hay tarde para todo, ¿no?

JOSÉ MANUEL

No, no. Ya sabes que me inquieta que se me aguarde. A lo mejor nos enredamos á hablar, y me pongo nervioso pensando en que tú estarás impaciente. ¿Por qué no te vas con Marcelina?

NENA

En todo caso me iría un rato sola al Retiro. Pero como á ti no te agrada què vaya al Retiro, y mucho menos sola...

JOSÉ MANUEL

No es que no me agrade que vayas al Retiro, Elena; es que me asombra que te agrade á ti. Yo no he visto cosa más ridícula que ese dar vueltas y más vueltas unos detrás de otros para hacerse un saludo de cuando en cuando. ¿Hay manera de perder el tiempo con menos gracia?

NENA

Hombre, pintado así... Pero al Retiro no se va á eso. Se va, en primer lugar, á gozar del sitio, que es hermoso; á darles un poco de calma á los nervios; á charlar, á comentar, á ver gente... A mí me gusta; te soy franca.

JOSÉ MANUEL

A mí no; te soy franco también.

NENA

Pues por eso no voy. Tengamos aquí la del teatro.

JOSÉ MANUEL

El teatro es otra cosa.

NENA

Para mí es lo mismo que el paseo: ¡no voy nunca!...

JOSÉ MANUEL

Hija, ¡si se acaba tan tarde!... Se acuesta uno rendido... Yo necesito levantarme temprano... No es capricho; es razón. Convéncete.

NENA

¿Y de día? Ahora hay muchas funciones de tarde.

JOSÉ MANUEL

¿Y no es un contradiós, si se tiene un día libre, meterse en un local cerrado, con mala atmósfera, á estar incómodo y á ver cualquiera de esos ad-fesios que ahora se representan, en lugar de escaparse al campo á respirar bien, lejos del trabajo y del mundo?

NENA

¡Sí, sí; desde tu punto de vista, sí. Pero ¿y yo? Cuenta que sacrificaría de buen grado todo, teatros, paseos, diversiones, si estuviera contigo; ¡pero si tampoco te tengo á ti! ¡Si te me ha secuestrado el ayudante!

JOSÉ MANUEL

¡Ja, ja, ja!

NENA

Te aseguro que no sé qué hacer ni qué inventar para que las horas en que estoy sin ti no sean tan largas... Este ocio constante me cansa, me agota, me descontenta sobre todo. Del piano al libro, del libro á los trapos, de los trapos al libro otra vez... Y así un día y otro... sin que nada importe, sin que nada llene la vida... ¡Ay, José Manuel! ¡Si vieras tú lo que á mí me enoja pensar en esto! Para mí vives y yo para ti, y sin embargo... no es bastante. A ratos la casa está vacía: parece que ó no estás tú... ó no estoy yo. ¿Verdad?

JOSÉ MANUEL

No me digas eso, que me entristece mucho. Si es verdad, no quiero que lo sea: haré lo posible porque no lo sea. Más te digo: para mí en la casa

siempre estás tú; por eso me duele no estar yo siempre para ti. Hasta en mi cuarto de trabajo, donde paso las horas enteras absorbido por algo que de ti nada tiene, allí estás alentándome, siguiéndome, ayudándome á veces... El jarro con rosas que pones todas las mañanas en mi mesa delante de mis ojos, es para mí como imagen tuya.

NENA

No puedo hablarte de ciertas cosas porque siempre las llevas al extremo, y te hago daño sin querer... Pero yo...

Con graciosa zalamería.

Mira, para que lo entiendas sin enfadarte: á mí no me satisface del todo estar contigo en forma de rosas en un jarro, sino así... como estamos ahora. ¿Lo entiendes?

JOSÉ MANUEL

Con vehemencia y pasión.

¡Lo entiendo y te quiero más cada día!

NENA

Sintiendo que alguien llega.

Quita, tonto.

JOSÉ MANUEL

¿Qué?

NENA

La chica.

La chica se llama Asunción y es de Ávila. No se sabe más de ella. Viene por la puerta del pasillo y trae una tarjeta en una bandejita de plata.

ASUNCIÓN

Señor. Este caballero pregunta por el señor.

JOSÉ MANUEL

Será...

Viendo la tarjeta.

Sí; el mismo. Que pase.

ASUNCIÓN

¿Al despacho del señor?

JOSÉ MANUEL

No; aquí.

ASUNCIÓN

Está bien.

Se va.

JOSÉ MANUEL

Lo recibo aquí porque es un amigo de confianza y quiero presentártelo.

NENA

¡Hombre! ¿Quién se quiere morir?

JOSÉ MANUEL

¿Qué te sorprende?

NENA

Como rara vez se te ocurre presentarme á un amigo...

JOSÉ MANUEL

No... según quien sea... Este es muy simpático y muy dicharachero, y te hará reír.

NENA

Pues hasta ahora.

JOSÉ MANUEL

¿Adónde vas?

NENA

A retocarme un poco... ¡Se trata de un acontecimiento!

JOSÉ MANUEL

Burloncito está el día.

NENA

Sí; ha cambiado el aire. Mira con qué facilidad. En seguida vuelvo.

Vase al interior de la casa.

José Manuel la ve marcharse, con semblante risueño. Luego se vuelve hacia la otra puerta y aguarda á que llegue su amigo.

Los aficionados á adivinar los acontecimientos de las comedias imaginarán que el amigo que ahora viene es uno que se va á enamorar de la esposa, y cádate el conflicto. Pues, no, señor: el que viene es aquel señor Tarazona de la Rioja, á quien conocimos en el cuarto de Nena Teruel, la noche de su despedida.

TARAZONA

Desde la puerta del pasillo.

¿Hay permiso?

JOSÉ MANUEL

¡Adelante, hombre!

TARAZONA

¿Cómo te va, mocete?

Lo abraza.

JOSÉ MANUEL

Bien, ¿y tú?

TARAZONA

¡Tan campante! ¡Qué bien vives, truhán!

JOSÉ MANUEL

Siéntate.

TARAZONA

¡Qué casica más maja! Y esta habitación es un fanal. ¡Mira que es alegre!

JOSÉ MANUEL

Sí; tiene mucha luz y unas vistas hermosas.

TARAZONA

¿El jardín es tuyo?

JOSÉ MANUEL

No; pero lo mismo que si lo fuera. Es del hotel de al lado, y disfruto de él. Y el comedor, y mi despacho, y el gabinete de Elena, y todas las habitaciones en que más estamos, dan también á este mismo jardín.

TARAZONA

¿Elena es el nombre de tu mujer?

JOSÉ MANUEL

Elena, sí; Elena.

TARAZONA

Bonito nombre. Y la persona andará en consonancia, seguramente.

JOSÉ MANUEL

Ahora la verás. Le he dicho que quiero presentarte.

TARAZONA

¿Es madrileña?

JOSÉ MANUEL

No; es jerezana. Hija de un coronel de artillería muy nombrado. Acaso lo conozcas tú: Ruiz Tudela.

TARAZONA

No; no lo conozco.

JOSÉ MANUEL

Una familia muy considerada en Andalucía.

TARAZONA

¿Cuántos hijos tienes?

JOSÉ MANUEL

¡Hombre, si llevo tres años de casado!...

TARAZONA

¿Tienes tres, entonces?

JOSÉ MANUEL

No; no tengo ninguno.

TARAZONA

¡Pues no sale la cuenta!

JOSÉ MANUEL

Ya vendrán.

TARAZONA

¿Los deseas?

JOSÉ MANUEL

Ardientemente: más por mi mujer que por mí.

TARAZONA

¿Quieres que te mande yo un par de ellos? A mí me sobran.

JOSÉ MANUEL

Tú tienes ocho, ¿no?

TARAZONA

Nueve. Y también estuve tres años esperándolos; ¡conque abre el ojo!

JOSÉ MANUEL

¡Ja, ja, ja!

TARAZONA

Con los hijos pasan cosas muy chuscas. El primero... ¡hay que ver cómo se recibe al primero! Lloro el padre, llora la madre, lloran los abuelos... ¡todos de alegría! ¡Qué bien se está en la casa! Que si varón, que si hembra, que si Juan, que si Pedro, que si Roque... ¡Un hogar feliz! El crío, un tirano: todos pendientes de él. Adelante. Se anuncia el segundo, y la preocupación principal es el sexo. Si se tiene una hembra se quiere un varón, y si se tiene un varón, una hembra. Y llega lo que falta, y ya se formó la parejita. ¡Tan contentos! Al tercero no se le encuentran tantos alcances, porque en ese punto del sexo no cabe novedad: niño ó niña tiene que ser; no hay escape. El cuarto... el cuarto, mocete, te hace rascarte la cabeza, más que por el crío, porque ves que

la señora le ha cogido el tranquilo al asunto, y no sabes adonde va á llevarte... Y ya desde el quinto para arriba te entregas á tu sino sin comentarios, y ¡sea lo que Dios quiera! Metes la cabeza debajo del ala, los bautizas con el nombre del santo del día... ¡y á vivir! ¡No vas á matarlos! ¡Ellos son los únicos que no tienen la culpa!...

JOSÉ MANUEL

Riéndose.

¡Bien, hombre, bien! No te cambia el humor con el tiempo.

TARAZONA

Ni con el tiempo ni con la descendencia.

JOSÉ MANUEL

Sí; que ya teniendo tantos, deben de ser un cuidado incesante.

TARAZONA

Te diré; te vas haciendo á ello. ¿No ves que no nacen todos de un golpe?

JOSÉ MANUEL

Yo uno sí lo quiero; la verdad. No quiero quedarme sin un hijo.

TARAZONA

Pues, hombre... ¡Vamos!... Comprende que... ¡Esa es una de las pocas cosas que no se le pueden pedir al gobierno!

JOSÉ MANUEL

No; de veras.

TARAZONA

De veras hablo yo.

JOSÉ MANUEL

Un matrimonio enamorado sin hijos es algo desconsolador, como todo lo que es estéril sin deber serlo... Calor que se desparrama, que se pierde, que se va... Viene á ser como mucha luz que no halla un foco que la recoja. ¿No es así?

TARAZONA

Sí, así es; eso del foco es muy exacto. Pero un

foco ó dos, mocete, un foco ó dos; ¡porque nueve focos son capaces de dejarte ciego!

JOSÉ MANUEL

Fingiendo indignación.

¡Hablabas en serio, señor mío!

TARAZONA

¿Y de suegra, qué tal andamos?

JOSÉ MANUEL

No la padezco. Vive con su marido allá en Jerez. Pero tengo en casa á una tal Marcelina, andaluza, amiga y servidora antigua de mi mujer, de quien no he podido librarme, y que tiene todos los inconvenientes de las suegras y ninguna de las ventajas.

TARAZONA

¿Ventajas? ¡Cómo se conoce que la tuya vive en Jerez!

JOSÉ MANUEL

Ahí viene ya Elena.

Tarazona echa la vista hacia la puerta del interior, y al reconocer á Nena casi da un salto, sorprendido.

TARAZONA

¿Eh?

JOSÉ MANUEL

¿Qué?

TARAZONA

¡Pero, hombre!

Acercándose más á la puerta, para cerciorarse, y haciendo luego todo género de aspavientos.

¡Pero, hombre!

JOSÉ MANUEL

¿Qué te pasa?

TARAZONA

¡Esta sí que es buena! ¡Pero, hombre! ¿Es posible?... ¡Vaya si es posible! ¡La misma!

JOSÉ MANUEL

¡No te entiendo!

Sale Nena.

NENA

Muy buenas tardes.

TARAZONA

¡Buenas tardes! ¡Dichosos los ojos! ¡Le digo á usted que esto no me pasa más que á mí!

JOSÉ MANUEL

Pero...

NENA

¿Cómo?

TARAZONA

¡Chico, chico, las veces que te he llamado bruto sin saberlo!

NENA

¿Qué dice?

TARAZONA

¿Cómo está usted? ¡Usted no se recuerda?

NENA

No... no...

JOSÉ MANUEL

Turbado.

¡Ah! ¿conocías tú...?

TARAZONA

¡Naturalmente! ¿Quién no ha de conocerla, hombre? ¡Hace falta tu santa pachorra para no decirme con quién te habías casado! ¡Qué hija de coronel de artillería ni qué enredos! ¡Tenías más que haber nombrado á Nena Teruel y estábamos al cabo de la calle?

JOSÉ MANUEL

Como para mí eso era un accidente y hace ya tres años que dejó de llamarse Nena Teruel...

TARAZONA

Es verdad; que tú me has dicho otro apellido.

NENA

Sí, señor, sí: yo no llevé nunca en la escena el apellido de mi padre.

JOSÉ MANUEL

Con jovial ironía.

No sonaba bien. Y en el teatro... ¿De manera que eran ustedes amigos...?

Nena no sabe qué contestar.

TARAZONA

No; yo no le he hablado más que una vez: la noche en que se despidió del público.

NENA

¡Ah... sí!

TARAZONA

Le mandé á usted una cesta de rosas... Eusebio Tarazona, me llamo.

NENA

Sí, sí; ya recuerdo, ya. Entró usted en mi cuarto cuando se había acabado la función.

TARAZONA

¡Eso es!

NENA

Y me dijo usted que había hecho el viaje ex profeso.

TARAZONA

¡Ajajá!

NENA

Y hasta añadió que iba á costarle que su esposa no le hablara en una semana.

TARAZONA

¡Mira como se acuerda!

NENA

Sonriendo.

¿Fué así, lo de su esposa?

TARAZONA

¡Quiá! ¡Todo lo contrario! ¡Estuvo una semana sin callarse! ¡Y qué cosas me dijo!

NENA

Menos mal. Porque ahora no me lo habría perdonado. ¿No se sienta usted?

TARAZONA

¡Ya lo creo que me siento! ¡Y no me levanto en una hora! ¡Pues apenas he tenido alegría con esta sorpresa! José Manuel se ha quedado sin habla.

JOSÉ MANUEL

No... es que también á mí me ha sorprendido...

La conversación disgusta y mortifica más á cada instante á José Manuel, que apenas logra fingir cierta cordialidad y atención.

TARAZONA

¡Que sea enhorabuena, mocete; que sea enhorabuena! ¡Ya fiaba yo en tu gusto, ya! ¡Esto es casarse, y lo demás es perder el tiempo!

Se ríe Nena.

JOSÉ MANUEL

¿No te dije que te haría reír?

TARAZONA

Te advierto que admiradores apasionados habrá tenido ella, pero como Eusebio Tarazona no ha tenido ninguno.

JOSÉ MANUEL

Sí; por eso me has llamado bruto tantas veces.

TARAZONA

¡Por eso! ¡Y no me vuelvo atrás! ¡Quitarnos á todos este regalo!...

NENA

Tratando de cambiar el rumbo de la conversación.

Bien, bien; eso es agua pasada ya; son cosas que se fueron...

JOSÉ MANUEL

Exacto.

NENA

Hablemos de las cosas presentes, ¿no?

TARAZONA

Pero ¿es posible que no goce usted en recordar sus días de gloria? ¡Algunas veces he hablado yo de esto con mi mujer, poniendo á éste como los trapos! ¡Ja, ja, ja! ¡Quién había de decirme que éramos tan amigos! ¡Tenía usted en la escena un imán, una luz...! ¡La que deslumbró á este charrán! Sugestionaba usted á la gente; sin que se ofenda su modestia. ¡Y aquella manera de decir los versos! ¡Qué voz tan llena de secreticos! ¡Cómo sabía meterse en el corazón! Tú estarás en grande: cada lunes y cada martes tendrás representaciones para ti solo. ¿No siente usted de cuando en cuando una comezoncilla de volver...?

JOSÉ MANUEL

Interrumpiéndole.

No; no siente comezón ninguna. Se ha olvidado completamente...

TARAZONA

No te pregunto á ti; le pregunto á Nena.

JOSÉ MANUEL

A Elena.

NENA

Recordar sí recuerdo á ratos... ¿Cómo no? Fué mi vida durante unos años... Vida apasionada, vida inquieta... Pero otra cosa, no. Sentir nunca el deseo... no. Aquello quedó sepultado; pertenece á otro mundo.

JOSÉ MANUEL

Ya lo oyes.

TARAZONA

Pues ¡qué sé yo! Me parecía á mí que era difícil... ¡Yo hice una vez en aficionados *El puñal del Godo* y me acuerdo todos los días!... No me diga que no, que á lo menos cuando vaya usted al teatro...

NENA

Voy muy poco al teatro.

TARAZONA

¿Y eso?

NENA

Este hace una vida especial... tiene que trabajar mucho por las mañanas...

TARAZONA

¡Vaya por Dios! Lo sentirá usted.

NENA

Sí lo siento, sí; pero lo primero es lo primero. Ya me lleva siempre que puede.

JOSÉ MANUEL

Muchas veces no vamos, la verdad, Eusebio, porque me fastidia el revuelo del público apenas aparezco con ella. La gente es imprudentísima y muy descarada.

TARAZONA

Eso sí: y te tienen tirria más de cuatro.

NENA

¡Qué tontería!

TARAZONA

¡Y más de cinco!

JOSÉ MANUEL

¿Y envidia, no me tienen?

TARAZONA

¡Puño, que si te tienen envidia! ¡Todos los que la conocieron! Empezando por mí, ahora que no me oye la de la tierra de los pimientos.

Se ríen los tres.

NENA

Gran humor el de usted, amigo.

JOSÉ MANUEL

Ya te lo anuncié.

Impaciente.

Oye, y cuando quieras vamos á mi despacho...

TARAZONA

¡Bah! Tiempo hay de todo. ¿Quién se ocupa ahora del salto de agua? ¡Estoy viendo que va á resultar una salivica!... Para salto el mío, al ver á tu mujer. ¿Quieres creer que no me acostumbro? ¡Esta noche sueño yo con esta escena!

NENA

¡Pero qué afición le tiene al teatro!

TARAZONA

Es mi delirio. Lo ha sido siempre. ¿Ha visto usted la que dan ahora en el Español?

NENA

No... no vamos hace tiempo

TARAZONA

Pues no dejes de llevarla á ver esa obra, moce-te. Le gustará, le gustará. Tiene mucha poesía: remueve el corazón.

NENA

¿Cuál es? ¿*Flores de invierno*?

TARAZONA

Flores de invierno, sí. ¡Bonita obra! Y ¡cómo la hacen! Sobre todo este muchacho Olmedo, está maravilloso.

NENA

¿Sí?

TARAZONA

Ha tenido un triunfo. ¡Qué presencia más agradable, qué voz más persuasiva, qué emoción dramática en algunos momentos!

NENA

Sí; vale mucho Román.

JOSÉ MANUEL

¿Quién?

NENA

Román Olmedo: así se llama...

TARAZONA

¡Que sí vale! Hay una escena en esa obra que me puso el vello de punta. Se despide de una mujer con quien tuvo los primeros amores de su vida y á quien se llevan lejos y para siempre, y aquello no es comedia, no es ficción; es la verdad misma: es que te cala en lo más vivo.

JOSÉ MANUEL

¡Vivir para ver!

TARAZONA

No lo dudes.

JOSÉ MANUEL

¿Cómo no he de dudarlo, si tengo á ese Olmedo — ya que recuerdo de quién se trata — por uno de los cómicos más cursis que hay bajo la capa del sol?

TARAZONA

Mocete, tú estás confundido por fuerza.

JOSÉ MANUEL

No, no; sé quien es.

TARAZONA

Nena, ¿usted oye esto?

NENA

Sí; á lo mejor cuestión de antipatía personal. Este en sus antipatías es implacable. Y una de las mayores...

TARAZONA

¿Es Olmedo?

NENA

No, señor: el teatro.

TARAZONA

¿El teatro? ¡Puño! Pero ¿á ti no te gusta el teatro y te has casado con una actriz?

JOSÉ MANUEL

Ahí verás: para quitársela al teatro, precisamente. Porque no debía estar en él quien tanto vale.

NENA

¿Le parece á usted que le dé las gracias?

TARAZONA

¡Lo que me parece es que hay teorías para todo!

NENA

Por eso vamos menos, diga él lo que quiera; porque siempre vuelve con el humor torcido,

JOSÉ MANUEL

Es cierto; en el fondo, es cierto. Me inspira el teatro una repugnancia instintiva; un desdén absoluto.

TARAZONA

¡Mocete!

JOSÉ MANUEL

¡Es un arte ridículo!

TARAZONA

¿Que es ridículo dice? ¿Y usted no lo confunde?

JOSÉ MANUEL

Y si no quieres llamarle ridículo, llámale infantil; de criaturas. Todo en él es contrahecho y falso; artificioso, pueril, mezquino. Muñecos les llaman á sus personajes y están bien bautizados; muñecos son. Convenceos: entre esos árboles y esos montes de papel ó de lienzo, y esos muros que tiemblan al abrirse ó cerrarse puertas ó ventanas, mal puede ocurrir cosa alguna que tenga grandeza.

TARAZONA

¡Puño! ¡Por donde se apea el ingeniero! ¡Quería los montes de verdad y las casas de piedra! ¡Quién iba á mover las decoraciones, mocete? ¡Sólo el Padre Eterno podía ser tramoyista!

NENA

Pues á pesar de sus exageraciones, y á pesar suyo, sepa usted que más de una vez lo he sorprendido yo en el teatro con los ojos llenos de lágrimas.

JOSÉ MANUEL

Sí; no lo niego: á veces llego á emocionarme. Y con lo más sencillo: un soldado que se va; la banda que se oye; algún cantar del campo que suena lejos... Siempre es algo humano, algo que se parezca á la verdad lo que me conmueve; pero ¡eso se da tan de tarde en tarde!

TARAZONA

¡Hombre, si no vas nunca! ¡Es como el que no juega á la lotería y quiere que le toque el gordo! ¡Pues sí que tendrán ustedes cada gresca á cuenta del teatro, que me río yo!

NENA

No, no; se engaña usted: ni una sola.

JOSÉ MANUEL

Ni una sola.

NENA

Él piensa así, y yo lo dejo; y no tengo que jurar que yo pienso de distinto modo enteramente.

TARAZONA

¡Es natural!

NENA

A mí me encanta de tal manera el teatro, lo encuentro arte tan prodigioso, que se me figura cada representación como una cosa que se sueña.

TARAZONA

Digo, ¿eh?

NENA

El solo milagro de juntar en una tantas voluntades, de unir tantas vidas en un momento, de lle-

var á todos los corazones un mismo ritmo, ya merece que el teatro sea mirado con simpatía y con amor.

TARAZONA

¡Bien dicho!

NENA

Se le llama templo y lo es: une á los hombres; los hace hermanos. Y también, como el templo, sabe crear esa emoción del silencio, que es tan honda y tan pura. ¿Verdad?

TARAZONA

¡Mucho! ¡mucho! Míreme usted los ojos.

NENA

Exaltándose.

Cuando yo representaba, lo recuerdo bien, más que con el aplauso delirante, que hacía temblar la sala, más que con la risa atronadora, gozaba sintiendo ese silencio. Mentira me parecía lograrlo en ocasiones con un ademán, con una mirada, con una palabra. Todos los ojos hacia mí; todos los pechos contenidos; todas las almas pendientes de la mía...

Dirigiéndose á José Manuel.

¡No me digas que no es esto bello!

JOSÉ MANUEL

Para ti lo es, sin duda. Bien lo demuestra el ardor que has puesto en tus palabras.

NENA

Y para ti también lo es... sólo que tú no lo confiesas.

TARAZONA

Bueno, bueno, ahora sí que nos vamos tú y yo á hablar del saltico de agua. ¡Acabemos esta conversación con una ducha! ¡No quiero yo que la primera disputa por el teatro se me deba á mí, que tanto lo quiero!

NENA

No; no tema usted...

TARAZONA

Por si acaso. Anda, anda. ¿Por dónde se va? ¿Por aquí?

JOSÉ MANUEL

Sí; por aquí. Vamos. Pero no por lo que tú temes.

TARAZONA

El diablo las carga. ¿Verdad, Nena?

JOSÉ MANUEL

Llámale siempre Elena.

TARAZONA

Hasta ahora, pues. No me despido.

Va á irse con José Manuel y de pronto se vuelve á Nena y le pregunta.

¿Se acuerda usted de un beneficio suyo en Zaragoza... en que la obligaron á usted á cantar... y usted soltó un par de joticas?

JOSÉ MANUEL

Anda, hombre.

TARAZONA

¿Se acuerda usted?

NENA

¡Vaya si me acuerdo!

TARAZONA

¡Buena polvareda se armó en la sala! Un baturreo le dijo á usted...

Considerando que no está el
horno para rosquillas.

¡Se me olvidó de pronto! Echa ya para el despacho, ingeniero.

JOSÉ MANUEL

¡Si tú eres el que se detiene!

NENA

Vayan con Dios.

TARAZONA

Hasta ahora.

José Manuel y Tarazona se en-
tran por la puerta de la izquierda.

NENA

Disgustado va. Bien lo conozco... ¿Quién había de decirle que su amigo...? Y ese hombre no se ha dado cuenta de lo que ha hecho; le ha puesto delante de los ojos lo que más podía lastimarle.

Llega Marcelina muy regocijada por la otra puerta.

MARCELINA

¿Qué hases? ¿Estás representando?

NENA

¿Eh? ¡No!

MARCELINA

Pos argo tienes tú, porque á ti te briyan mucho los ojos.

NENA

Sí... que me he excitado con la charla. ¿Quién crees que está ahí?

MARCELINA

¿Quién?

NENA

Te lo voy á contar, porque no deja de tener gracia. Aunque á mi marido no se la ha hecho.

MARCELINA

Entonses tiene gracia.

NENA

Figúrate que José Manuel, ¡cosa rara! ha querido presentarme á un amigo...

MARCELINA

Raro será también.

NENA

No lo creas; lo raro es la casualidad que se ha dado. ¿A que no aciertas qué amigo es?

MARCELINA

¡Qué sé yo!

NENA

Piensa en la noche de mi despedida.

MARCELINA

No me digas más: ya lo sé. Er de la Rioja: aquer tan simpático.

NENA

¡Justo!

MARCELINA

Bajaba yo con la *Patti* cuando ér subía por las escaleras, y pensé pa mí: ¿en dónde he visto yo esta cara? ¿Y resurtan amigos?

NENA

¡Muy amigos! ¡Si se tutean! Al despacho se han ido ahora. Y con la pasión que ese hombre tiene por mí y por el teatro, no ha sabido hablar más que del teatro y de mí.

MARCELINA

¡Pos güeno estará el ingeniero! ¡Huyendo der perejé le dió en la frente!

NENA

Más lo siento yo,..

MARCELINA

Déjate er sentimiento en er borsiyo... ¡Es ya mucho aguantarse! ¡Arguna vez hay que sortá er grifo, hija mía! Dame un abraso fuerte. Y prepárate pa otra visita, que hoy es día de gala pa ti.

NENA

¿Por qué?

MARCELINA

En mi gabinete tengo á don Diego Espinosa, que viene á verte.

NENA

¡Don Diego! ¡Qué alegría! ¡Pásalo en seguida, mujer!

MARCELINA

Antes he venío á vé si era ó no prudente pasarlo. Porque quiere hablarte en secreto.

NENA

¿En secreto?

MARCELINA

Tanto como en secreto, no; pero quiere consurtarte á ti sola sobre un particulá.

NENA

Pues dile que venga. Yo voy á ver si aquellos dos están engolfados en su negocio.

MARCELINA

Sí; es conveniente.

NENA

Por eso.

MARCELINA

Anda.

NENA

Voy.

Nena desaparece por la puerta del interior y Marcelina por la del pasillo. Momentos después vuelve por la misma acompañada de don Diego Espinosa, quien viene en análoga traza á la del primer acto,

MARCELINA

Entre usted, don Diego.

DON DIEGO

Gracias.

MARCELINA

Siéntese usted, que ahora sardrá eya.

DON DIEGO

Gracias.

MARCELINA

Aquí estará más cómodo.

DON DIEGO

Gracias.

MARCELINA

No sabe usted la alegría que le ha dao.

DON DIEGO

Es muy buena. Y me quiere por ser quien fui, que es de lo que ya se olvidaron todos. Dios la

bendiga Suponiendo que Dios no tenga que hacer otras cosas; porque á lo mejor se le coge muy ocupado, y no cumple con su deber. ¡Yo lo digo!

MARCELINA

¡Y yo lo oigo! ¿Cómo se ha pasao usté tanto tiempo sin vení por casa?

DON DIEGO

Porque la última vez que vine vi una mala cara, y yo no aguanto malas caras ni en el salón del trono.

MARCELINA

¿También se va usté á meté con er rey?

DON DIEGO

¡Me he metido antes con el Padre Eterno! ¡No se me quejará el monarca!

MARCELINA

¿Conque una mala cara, eh? ¿Habrà que desí de quién sería?

DON DIEGO

Por eso no lo he dicho. Por eso quiero hablar sólo á Nena. Yo, á quien no me quiere ver, le evito muy á satisfacción el enojo de verme. Sea este señor ingeniero, sea el Papa.

MARCELINA

¡Ya le tocó ar Papa!

DON DIEGO

*Ni en distinguir me he parado
al clérigo del seglar...*

A mí en el mundo, Marcelina, casi no hay más persona que Nena que me quiera ver.

MARCELINA

Nena y yo, don Diego. Pero yámele usted Elen si no quiere usted que el otro se arborote.

DON DIEGO

¡La llamo como me da la gana!

MARCELINA

¡Bien hecho!

DON DIEGO

¿Y qué hay por aquí?

MARCELINA

Lo de siempre; ¿qué tiene de habé? ¡Paese que vivimos en un bujero! A esta casa no viene nadie. ¡Ay, don Diego, qué dos añitos de fastidio!

DON DIEGO

¿Dos, ó tres?

MARCELINA

Er primero toavía nos distrajimos argo, con el aqué de los viajes. Fué mucho trajín; no sé cómo tuvimos cuerpo; pero siquiera se movía una. ¡Qué atracón de Museos nos pegamos! ¡Josús! ¡Yo, soñando, no veía más que cuadros y estatuas!

DON DIEGO

¿Y ahora?

MARCELINA

Ahora es una muerte. Esto es er purgatorio en vía. Aquí no se habla más que de arcos vortaicos,

de puentes, de túneles, de carreteras, de caminos de hierro y de la rasante. Yo creía que la rasante era una tiple y luego resurtó que era er suelo. ¡Le juro á usté que no pueo más con las conversaciones de esta casa! Y pa ensanchá el ánimo er gramófono y la pianola: ¡mecánico to! Y tos los discos roncós ya de aburríos. Argunos ratos tiene una que ponerse ar barcón como si fuea un loro, pa desahogarse.

DON DIEGO

¿Y Nena, qué tal lleva eso?

MARCELINA

¡Pobresita mía! ¡Si mi mayó coraje es que la veo sufrí y cayá! No es dichosa, don Diego, no es dichosa.

DON DIEGO

¿No?

MARCELINA

No, señó. Y cuidao que no se lo confiesa ni ar cura: ni á la armohá se lo dise cuando se acuesta. Pero no es dichosa, no lo es; yo la conozco mucho. ¡A eya le farta su teatro!

DON DIEGO

No diga usted majaderías, Marcelina. Aunque le faltara, que no lo sé, debe dar por bien sufrida la falta esa. Vida ingrata como ninguna aquella vida...

MARCELINA

Pero, don Diego de mis curpas, ¿de qué me va usted á convensé! ¡Si yo no sé las veses que la he cogio enserrá en su cuarto representando sola! Disiendo versos, dando gritos, yorando, riéndose... ¡Representando sola! ¡Diga usted si no se parte el arma! ¡Como que pa esta niña aqueyo era el aire! Eya ha sío la primera que se ha engañao. ¿Qué cree usted?

DON DIEGO

Creo lo que siempre le repito, Marcelina: que es menos doloroso un amor imposible, que sentir en el corazón el hielo del desdén de quien se adora.

MARCELINA

No me convense usted. Ca una tiene su arma en su armario.

Vuelve Nena por donde se marchó, jubilosa y risueña, y saluda con gran cordialidad á don Diego.

NENA

¡Don Diego de mi alma!

DON DIEGO

¡Nena! ¡Nenita!

Á Marcelina.

¡La llamo como quiero!

NENA

¡Qué cara me vende usted ya la alegría de verlo!

DON DIEGO

Salgo poco de casa, hija mía.

NENA

¡Pero, siéntese usted!

DON DIEGO

Y siempre por los arrabales, á las horas de sol,
huyendo de la gente.

NENA

Siéntese aquí conmigo.

DON DIEGO

Gracias, hija mía; muchas gracias.

NENA

Y cuénteme usted cosas; usted que anda por el mundo.

DON DIEGO

Ya te he dicho por dónde ando yo.

NENA

¿Qué tal van esos ánimos?

DON DIEGO

Apagándose como una lamparilla puesta á un Cristo viejo. Me acabo, hija; me muero el día menos pensado.

NENA

¡No!

DON DIEGO

¡Sí! Oirás decir que me han tirado al solar de junto á mi casa, como á un perro.

NENA

¡Por Dios!

DON DIEGO

Y más vale, Nena, más vale. Lo estoy deseando. Para vivir como vivo, más vale. Para saber que hay *eminencias* del que fué nuestro arte, que dicen *objecto*, *trascendental*, *discrección* y *anedocta*, prefiero que me tiren al solar; que la luna alumbre mis despojos.

NENA

Riéndose.

¡Siempre el mismo! ¡Y dice usted que va mal de ánimos!

DON DIEGO

Las lamparillas, cuando están apagándose, es cuando más chisporrotean. Y sábelo tú, que me quieres: cuando yo cierre el ojo, nada de aparato fúnebre ni de coronitas que han servido ya para

otros infelices, cambiándoles las cintas; nada de compañeritos detrás de mis restos, haciendo chistes como si fueran á enterrar la sardina... y nada de pasarme por ningún teatro, ¡porque resucito, y me van á oír!

NENA

No hay que hablar de semejante cosa, don Diego; usted todavía vivirá mucho tiempo, aunque sólo sea para mí. Charlemos de cosas agradables. ¿Qué quiere usted? ¿Qué es eso que me ha anunciado Marcelina?

DON DIEGO

Ese es un asunto para el cual necesito de toda tu sinceridad.

NENA

Cuente usted con ella.

DON DIEGO

Pues mira, hijita. Yo tengo en mi casa un diccionario pequeñín, en el que voy raspando cuantas palabras encuentro vacías de sentido en los tiempos que corren. Las quito de allí por inútiles.

NENA

Está bien eso. Y conociéndolo á usted, me figuro muchas de las que ya habrán desaparecido.

DON DIEGO

Y de seguro aciertas. He raspado gratitud, compañerismo, deber, justicia, verdad, honradez, vergüenza, sentido común—éstas son dos, pero como si fueran una...— En fin, Nenita, que voy á dejar el diccionario en blanco.

MARCELINA

Con viveza.

Raspe usted también... Güeno, yo le mandaré á usted una lista. Por lo pronto raspe usted *divertirse*, porque esa es una palabra que ya no se usa.

NENA

Y que ibas tú á callar mucho tiempo. —Bueno, don Diego, ¿y por qué me cuenta usted ahora eso del diccionario?

DON DIEGO

Porque había raspado también la palabra amigo—amigo, no amiga—y el otro día la tuve que restituir.

NENA

¿Pues?

DON DIEGO

Me topé en la calle con uno de tiempos lejanos, se interesó por mí, maldijo de medio mundo al oírme el cuento de mi vida...

MARCELINA

¿De medio mundo?

DON DIEGO

Sí; porque yo me encargué del otro medio.

NENA

No interrumpas tú, Marcelina.

DON DIEGO

Y el hombre se ha empeñado en favorecerme. ¡Aún hay patria, Veremundo! Quiere organizar una función teatral en beneficio mío para contribuir él también, en la única forma que puede, á hacerme llevaderos estos últimos días...

NENA

¡Muy bien! ¿Ve usted como no hay que desesperar enteramente?

DON DIEGO

A mí me repugna el beneficio.

NENA

¿Sí?

DON DIEGO

¡Sí! Pero el interés que mi amigo ha mostrado bien merece que yo me aguante. La humillación que en ello pueda haber la devoro dentro de mí. Sólo he puesto una condición.

NENA

¿Cuál?

DON DIEGO

Que tú trabajes ese día.

MARCELINA

¡Ole! ¡ole!

DON DIEGO

Sin ¡ole! ¡Aquí no hay baile!

NENA

Don Diego...

DON DIEGO

Con tu presencia sola, será la fiesta lo que quiere mi amigo, sin andar pidiendo favores á quien ha de gruñirlos ó de regatearlos; con tu presencia, Nena, la fiesta me honra tanto que me conmueve; adquiere á mis ojos un valor moral que la purifica, limpiándola de toda escoria y de toda hez. ¿Lo entiendes?

NENA

¿Cómo no, don Diego? Y lo agradezco en lo íntimo de mi corazón. Por mí, dispuesta estoy con la mejor voluntad del mundo; pero...

MARCELINA

Pero ¿qué?

NENA

Tú te callas. Hoy no es como antes, don Diego; mi voluntad no es mía.

DON DIEGO

Lo sé, y por eso he querido hablarte á solas primeramente.

MARCELINA

¡Es que no cabe en cabeza humana que ese hombre se oponga á una cosa así! ¡Es que si se opone...!

NENA

¡Ssssch! No hagas que me enfade contigo. Don Diego, yo no le oculto á usted que estoy confusa en este momento... Nunca pude esperar... Andaba tan lejos mi ánimo de una cosa así... Por sentimiento, por la extraña alegría que me ha dado—ya que me pide usted sinceridad, — mi deseo es que esa fiesta llegue á realizarse, y mi gusto trabajar en ella para usted...

MARCELINA

Por ahí, por ahí. Ese es el camino. ¡No te van á comé los lobos porque sargas al ersenario un día!

NENA

Eso nadie tiene que resolverlo más que mi marido. Yo hablaré con él.

MARCELINA

Entonses...

DON DIEGO

¡Basta!... Lo que yo no quiero, Nena, es causar en tu vida la menor sombra de disgusto.

NENA

No tema usted.

DON DIEGO

Si he llegado á pedirte esto, ha sido porque la generosidad de ese amigo con quien no contaba, me obliga mucho á ello; ha sido también porque la vejez y la pobreza me agobian ya... Tú no sabes todo lo que duele arrastrar por el fango de las calles las alas que fueron de cóndor... Es un espectáculo del que querría privar cuanto antes á muchos... ¡Villanos! ¡Ganapanes que me explotasteis, que os enriquecisteis á costa de mi sangre y de mi inteligencia, no lograréis que os pida una limosna de lo que me debierais dar, porque es mío! ¡Si vosotros tenéis todo el dinero que yo os di, yo tengo este orgullo, que es mi tesoro; que enterrarán conmigo! ¡A ver quién puede más!

MARCELINA

Silensio.

NENA

¿Qué?

MARCELINA

Que vienen.

DON DIEGO

¿Quién viene?

MARCELINA

Nadie ya; porque han entrao en la sala.

NENA

Es José Manuel con un amigo. Un antiguo amigo, también. Le estará enseñando la casa.

DON DIEGO

Pues yo te dejo.

NENA

¿Ya?

DON DIEGO

Sí, ya. Aguardo tu resolución.

NENA

Irá muy pronto.

DON DIEGO

Repito que sin la más leve contrariedad para tí.

NENA

Vaya usted tranquilo.

DON DIEGO

Adiós, Nena.

NENA

Adiós, don Diego; adiós.

En este instante salen por la puerta de la izquierda José Manuel y Tarazona. Don Diego, al verlos, les hace una severa reverencia y se retira por la del pasillo acompañado de Marcelina.

DON DIEGO

Señores...

JOSÉ MANUEL

Señor don Diego... No sabía que estuviera aquí don Diego Espinosa.

TARAZONA

Pero ¿es éste don Diego Espinosa? ¡Quien lo ve y lo vió!

Se asoma con gran curiosidad á la puerta.

JOSÉ MANUEL

¿A qué ha venido?

NENA

Ya trataremos luego de ello.

JOSÉ MANUEL

Bien.

TARAZONA

¡Bendito Dios! ¡El *Tenorio* más gallardo y más arrogante que ha habido en el teatro! Así me lo decía mi padre. ¡El que más les gustaba á las mujeres!

NENA

¡Bien tristemente acaba sus días! Apenas tiene qué comer.

TARAZONA

¿Es posible?

NENA

Como usted lo oye.

TARAZONA

Pero ¿no hay quien remedie eso?

JOSÉ MANUEL

¡Si es intratable el pobre señor! ¡Siempre está abriendo!

TARAZONA

Mocete, lo que le pasa no es para tocar el requinto.

NENA

¡Claro!

TARAZONA

En fin, Nena, digo Elena — perdona tú el olvidado, — no doy más música por hoy. Hasta otro día. El alegrón que he tenido con este encuentro no necesito ponderarlo. ¡En un pelo ha estado que no baile!

NENA

También para mí ha sido muy grato volver á verlo, y saber que es tan buen amigo de mi marido.

TARAZONA

¡Todavía no se lo perdono! Pero ya se me pasará, ¡qué diantre! Una noche he de venir á oírle á usted decir unos versicos. Y si éste no los quiere oír, que se esconda.

JOSÉ MANUEL

Eusebio, ¡que te espera tu mujer!

TARAZONA

¡Toma! ¡Si por eso me entretengo tanto! Vaya, buenas tardes.

NENA

Adiós.

TARAZONA

Como encuentre unas rosas como aquéllas, como aquéllas! aquí las tiene usted esta noche.

NENA

Muchas gracias.

TARAZONA

Y si se enfada el ingeniero, mejor.

NENA

No se enfada.

TARAZONA

Hasta pronto.

NENA

Hasta cuando usted quiera.

TARAZONA

Buenas tardes.

Se va por la puerta de la derecha con José Manuel. Nena queda en actitud reflexiva. Hay un silencio. Después dice.

NENA

Le ha contrariado también la presencia aquí de don Diego... Cuando se entere... ¡Y no va á querer! Será inútil todo.

Vuelve José Manuel. Libre ya de testigos, no disimula su hondo desasosiego.

JOSÉ MANUEL

¡Lo que charla ese hombre! Me ha hecho perder la tarde. Y luego, para nada.

NENA

¿No os habéis entendido al fin?

JOSÉ MANUEL

Pero ¿tú crees que hemos tratado del negocio?

NENA

¿Ah, no?

JOSÉ MANUEL

¡No ha habido forma de sacarlo del tema del teatro! ¡Qué chifladura de teatro! Yo no me acordaba...

NENA

Como se sorprendió tanto de que yo fuera tu mujer...

JOSÉ MANUEL

Sí, sí. Menos mal que parece que lo que para mí ha sido un mal rato, lo ha sido agradable para ti.

NENA

¡Qué injusto eres! ¿Y por qué te mortifica que alguna vez yo me recree recordando pasadas glorias?

JOSÉ MANUEL

Por eso: porque ya pasaron.

NENA

¿Y tú eres capaz de olvidar en tu vida el pasado dichoso?

JOSÉ MANUEL

¡El pasado dichoso!... Nunca se evoca si no es por descontento del presente.

NENA

¿Qué dices? Ven acá. No frunzas el ceño. Hazme un rato en paz compañía. Tienes peor genio que don Diego Espinosa, tanto como te burlas de él.

JOSÉ MANUEL

Malo debe de ser entonces; porque viejo más gruñón y más hosco...

NENA

¡Es que cuando tú llegues á viejo no va á haber nadie que te sufra!

JOSÉ MANUEL

¿Nadie?

NENA

Sonriéndole con zalameria.

¡Nadie! ¡A mí me habrás matado á disgustos!...

JOSÉ MANUEL

Posible es que me lo digas en broma y que en el fondo haya un granito de verdad.

NENA

Un granito, no; ¡una montaña! Cuando te da esta vena te pones muy gracioso, José Manuel. Y si te vieras la cara al espejo, te morirías de risa.

JOSÉ MANUEL

¿Ha venido con alguna incumbencia don Diego?

NENA

¡No lo quieras saber!

JOSÉ MANUEL

¿Por qué razón?

NENA

Porque ya va de pasada la tormenta de Tarazona, y no he de ser yo la que forme otra nube.

JOSÉ MANUEL

¿Trae agua esa nube?

NENA

¿Agua nada más? ¡Sería inofensiva! ¡Trae rayos y truenos!

JOSÉ MANUEL

¡Milagro de Dios que no me la deparara el dichoso teatro!

NENA

Eso es lo único bueno; porque los rayos en el teatro son cohetes y los truenos se hacen con un tambor...

JOSÉ MANUEL

Sonriendo á pesar suyo.

¡Hasta lo más grande es allí ridículo! Luego dices tú que es que yo le tengo manía.

NENA

Aludiéndose, con coquetería cariñosa.

Hombre, del teatro, cuando menos se piensa, sale algo que no es ninguna china precisamente.

JOSÉ MANUEL

Acariciándola.

Eso sí.

NENA

¡Tonto! ¡Me da un coraje cuando te veo tan tonto!...

JOSÉ MANUEL

Bueno; ¿que quería don Diego?

NENA

¡Y dale! Ya te lo diré.

JOSÉ MANUEL

¿Cuándo?

NENA

Yo sé cuándo.

JOSÉ MANUEL

Mucho te preparas. ¿Es que temes decírmelo?

NENA

¿Cómo he de temer nada, criatura? Mira que á lo mejor me sales por unas callejuelas...

JOSÉ MANUEL

No; pues aquí hay secreto desagradable. Me lo anuncia mi instinto.

NENA

¡Vaya! Será peor callar; no empiece la devanadera.

JOSÉ MANUEL

Sí, sí; habla.

NENA

Verás. Ya conoces la crítica situación en que se ve el pobre don Diego.

JOSÉ MANUEL

Sí.

NENA

Apenas tiene más recursos de vida que lo que nosotros le damos.

JOSÉ MANUEL

Sí, sí.

NENA

A mí me duele, no puedo ocultártelo, más que por la desgracia misma, por tratarse de quien fué mi maestro; y dispensa que tenga que recordarte lo que tú no quieres oír.

JOSÉ MANUEL

Bien, bien; tu conciencia debe estar tranquila. Ayudas á don Diego cuanto puedes y—lo que más vale—lo tratas con toda consideración. ¿Qué más quieres? ¡Entra aquí don Diego, y parece que ha entrado un rey!

NENA

¡Y ha entrado!

JOSÉ MANUEL

De la baraja. No me quiero poner nervioso.

NENA

Ni yo quiero que me pongas á mí.

JOSÉ MANUEL

En resumidas cuentas, ¿qué pretende ahora?

NENA

Nada. Si te colocas en esa actitud, yo no te digo lo que pretende.

JOSÉ MANUEL

¿No?

NENA

No. Considera que también tengo derecho á cansarme de oírte constantemente menospreciar y zaherir aquello á que debo las primeras alegrías de mi vida.

JOSÉ MANUEL

Celoso.

¿Y tal vez las más hondas, verdad?

NENA

Eso pregúntaselo á tu corazón, que tiene los secretos del mío.

JOSÉ MANUEL

No todos.

NENA

No me ofendas, José Manuel. Y acabemos, porque en cualquier caso ha de ser igual: lo que quiere don Diego Espinosa, ese trasto inútil del arte, para ti, ese viejo glorioso, para mí, es que en una fiesta de teatro que se organiza en beneficio suyo, trabaje yo.

JOSÉ MANUEL

¿Tú?

NENA

Sí; yo. Nena Teruel. Si no, no la acepta

JOSÉ MANUEL

Pero si tú no eres Nena Teruel; si tú eres mi esposa.

NENA

Porque no soy Nena Teruel, porque soy tu esposa, no le he contestado yo á don Diego que irá á esa fiesta con el alma y la vida.

JOSÉ MANUEL

¿Con el alma y la vida has dicho?

NENA

Sí.

JOSÉ MANUEL

¡Oh! ¡Cómo no me engaño! ¡Cómo no son insensatos mis celos! ¡Cómo es verdad que no eres mía!

NENA

¡José Manuel!

JOSÉ MANUEL

No eres mía, no; te me roba el aire de la farándula.

NENA

¿Quieres callar?

JOSÉ MANUEL

Déjame que lo diga todo: ha llegado el momento. Si no, estallaría como una montaña cargada en su centro de dinamita. Tenía que ser; teníamos que hablar de esto, que es la única sombra de nuestra casa. Y va á ser hoy: ahora mismo.

NENA

Hoy: ahora mismo: bien. Tú dirás.

JOSÉ MANUEL

Elena, confesión general: enséñame tu corazón, abierto en la mano como una rosa. Nos va en ello la ventura de nuestra vida. Tú sientes la nostalgia de tus años de actriz.

NENA

¡Es cierto!

JOSÉ MANUEL

Tú en algún momento has deseado, con temor, pero con ilusión, aquellos triunfos.

NENA

¡Es cierto!

JOSÉ MANUEL

¿Es cierto? ¿No eres absolutamente dichosa a
lado mío?

NENA

¡Eso sí!

JOSÉ MANUEL

¡Eso no! ¡Si me acabas de confesar que echa
de menos lo que fuiste! No se es dichosa cuando
se llora á solas, y yo te he visto á ti llorar.

NENA

¿Y quién aspira en el mundo á una dicha com-
pleta, José Manuel?

JOSÉ MANUEL

A la de tu amor aspiraba yo: por eso te hic-
mía.

NENA

Tuya soy.

JOSÉ MANUEL

No, cuando distraes tu pensamiento lejos de mí.

NENA

¿Es que tú, por ventura, no lo distraes lejos de mí también? No; no me mires con ese asombro. Si noble es tu trabajo, noble lo fué el mío. Si tú procuras para los hombres progreso, bienestar material, ese arte que á ti te subleva les proporciona deleite, reposo, bienestar del espíritu.

JOSÉ MANUEL

¿Qué dices? ¿Pero qué estoy oyendo yo?

NENA

Comprende que la vida tiene muchas horas; que yo paso sola muchas horas también. Si en ellas pienso en el teatro, nada te quito; no te hago mal ninguno.

JOSÉ MANUEL

¿Cómo que no? Cuando te vas á ese mundo de la ficción, no estás conmigo, Elena.

NENA

¿No estoy contigo cuando te vas tú al tuyo, José Manuel?

JOSÉ MANUEL

Sí; pero como yo á ese del teatro lo desprecio, lo odio, el monólogo que tú le consagras, íntimo y silencioso, que no sale nunca á los labios, te va distanciando de mí; va limando en tu alma esa cadena ideal que la unió fuertemente á la mía. Y de ahí tu hastío, y de ahí tu cansancio, y de ahí tu aburrimiento... ¡Y no seremos venturosos de veras, como tenemos derecho á ser, hasta que de ese mundo de tramoya, de papel y de trapo, no quede en tu corazón ni estela, ni rastro, ni eco

NENA

¿Ves? ¡Eso tiene la culpa de todo!

JOSÉ MANUEL

¿Qué?

NENA

¡Tu intransigencia! Tu intransigencia dura y á veces cruel, que no respeta sentimientos que aunque viven en mí dormidos, como si hubieran

muerto, á veces despiertan ó renacen, heridos, hostigados por ti. Sí, José Manuel; es lo único en que tu delicadeza se ofusca y se pierde. Pienses tú lo que quieras del teatro, debieras mirar siempre que tuvo un altar en mi corazón; debieras algunas veces dejarme que me asomara á él, siquiera desde lejos.

JOSÉ MANUEL

Lo que miro, Elena, lo que veo con espanto, es lo que he pensado tantas noches: que ésto no mató aquéllo.

NENA

¿Y qué necesidad tenía ni tiene de matarlo?

JOSÉ MANUEL

¿Eh?

NENA

¿Por qué no he de trabajar en la fiesta de don Diego Espinosa si con ello soy yo la primera que se enaltece?

JOSÉ MANUEL

Porque si trabajaras, si yo consintiera en ese absurdo, volvería á enloquecerte el aplauso, vol-

verías á soñar á todas horas con la embriaguez de los triunfos y yo te perdería para siempre. ¡No eso no! No adornes tu gusto para engañarte ó engañarme. A don Diego favorécelo cuanto quieras, pero desde tu casa. A la escena tú no vuelves más ni por caridad ni por anhelos de lo que fué tu arte. ¡Las huellas de mis besos de esposo no las cubrirás nunca, mientras quieras ser mía, la pintura ni es colorete! ¿Oyes esto?

NENA

Oigo, sí; oigo.

JOSÉ MANUEL

¡En los ojos en que yo me miro ansioso de ver la luz de tu alma, no se reflejarán ya más las luces de la batería de la escena. ¿Lo has oído?

NENA

Sí; sí...

JOSÉ MANUEL

¡De aquello, ni la raíz, ni una semilla, ni un germen! ¡Y si queda un germen en el aire de este recinto de mi hogar, purificaré el aire!

Viendo que Elena llora.

Piénsalo; medítalo; compréndelo... Piensa también en todo cuanto te quiero... y sea esta la última vez que te hago llorar.

La contempla, combatido por varios sentimientos, y se va al interior de la casa.

NENA

Entre lágrimas.

Lo pierdo, sí; lo pierdo si no le entrego mi alma entera... Así será: así tiene que ser: su amor en mí lo puede todo... ¡He de sacrificarle hasta la memoria!

Queda abstraída.

Marcelina vuelve por la puerta del pasillo. Repara en Nena y la observa unos momentos antes de hablarle.

MARCELINA

¿Solita otra vez ya?

NENA

Ensimismada.

¡Hasta la memoria!

MARCELINA

Con gesto alegre.

¡Está representando!...

NENA

¡Hasta la memoria!

Rompe á llorar.

MARCELINA

Dándose cuenta de la situación
y con viva pena.

¡No; ahora no está representando!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

EPÍLOGO

Interior de la guardilla en que vive don Diego Espinosa. A la izquierda del actor la puerta de entrada. A la derecha otra puerta, con cortina.

Al foro una ventana que deja ver los tejados fronteros y el cielo.

El escaso mobiliario de la habitación, viejo y pobre como quien mora en ella, se reduce á una cómoda con algunos cachivaches y retratos encima, una tarimilla con brasero, una butaca y un par de sillas diferentes. Colgada en la pared una espada española. Es en una tarde de invierno.

No hay nadie en la escena. Llan man con los nudillos más de una vez á la puerta de entrada, y luego sale por la de la cortina don Diego, que va á abrir. Usa en casa babuchas de orillo y una boina histórica. El palo no lo suelta ni un instante, ni la capa tampoco.

DON DIEGO

¡Ya va! De seguro es la vieja. Siempre acierta á llegar cuando yo estoy adentro.

Abre la puerta y pasa Genara, viejecilla madrileña muy habladora, vecina de guardilla, que cuida de él.

GENARA

Buenas tardes.

DON DIEGO

Venga usted con Dios.

GENARA

Olfateando

Aquí hay tufo.

DON DIEGO

¡Aquí no hay tufo!

GENARA

Miste que llegando de fuera es como se nota.

DON DIEGO

¡Pues por eso no lo noto yo!

GENARA

¡Pero lo hay!

DON DIEGO

¡Pero no lo hay!

GENARA

¡Ahogándose ha de estar usted y no ha de confesar que lo hay! ¡Viejo más testarudo! Abriré un poco la ventana.

DON DIEGO

Como abra usted la ventana va por ella al tejado.

GENARA

Una rendijita na más.

DON DIEGO

¡Siempre se ha de salir con la suya! ¡Cogeremos una pulmonía!

Se emboza.

GENARA

¡Anda con Dios! Pa ponderar no hay otro. Con la tarde que hace...

DON DIEGO

¡Nada! ¡Que se empeñó en abrirla!

Se pone á gruñir en un rincón mirando rencorosamente á la vieja. Esta abre la ventana, y en seguida traba palique con una vecina de enfrente, á quien no se ve.

GENARA

Todavía hay sol. — ¡Felices, Epifania! ¿Está mejor el hombre? — ¿Lo ve usted?

A don Diego.

La Epifania, que tiene al esposo con dolor de costao.

DON DIEGO

¡No me importa! ¡Cierre usted ahí!

GENARA

¡Ahora cerraré!

A la vecina.

Pos si le repite por un casual, le pone usté otra *Corres* muy bien doblada.—Sí, señora; la prensa es mano de santo pa el dolor de frío.

DON DIEGO

¿Quiere usted callarse y cerrar?

GENARA

El evangelio de la misa. Yo lo sé desde mi cuñado, que le debe la vida al *A B C*.

DON DIEGO

¡O cierra usted ó cierro yo!

GENARA

¡Ay qué hombre!—¡Que siga el alivio!

Cierra la ventana.

Si yo no viniera aquí de cuando en cuando, se ahogaba usté un día.

DON DIEGO

¡Y usted, si estuviera cinco minutos sin comadrear, se moría de repente!

GENARA

No, que me voy á pasar la vida en un *moniloquio*, como usted.

DON DIEGO

No disparate usted, señora.

Se sienta á la lumbre.

¿Y la chica?

GENARA

Ahí la he dejao esperando á su Juan, pa osequiarlo. Lo que pasa; son jóvenes, se quieren, y lo que pasa, siempre que pueden se osequian e uno al otro.

DON DIEGO

Me tiene abandonado: antes me visitaba más.

GENARA

¡Pero si dice que la pone usted como los trapos ca vez que viene!

DON DIEGO

Eso es mentira: yo no insulto á ninguna mujer.

GENARA

Pos lo que es á mí, me paece...

DON DIEGO

¡Es que usted ya ha dejado de ser mujer!

GENARA

Como á usted se le antoje. ¿Se ha enterao usted de lo del portero?

DON DIEGO

¿Lo ha cogido un tranvía?

GENARA

¡No, señor!

DON DIEGO

¡Pues entonces no me cuente usted nada del portero!

GENARA

¿Y lo de la Demetria, lo sabe usted? Le ha tocado la lotería en un trece mil.

DON DIEGO

¿Quién es la Demetria?

GENARA

¡Quién es la Demetria! ¡Quién es la Demetria! ¿Quién va á ser la Demetria? ¡La prima de Oro-sio! ¡La que está... usted me entiende, con Afrodisio!

Dice esto uniendo los índices á lo largo.

DON DIEGO

¿Y quién es Afrodisio?

GENARA

¡El cuñado del *Tuerto*, señor!

DON DIEGO

¿Y el *Tuerto* quién es?

GENARA

¡Anda! Pos el *Tuerto* es... ¡el que está con la hermana de la Demetria! ¡Se lo he contaó á usté cien veces! La hermana estaba con ese á quien le dicen el *Papeles*; pero, lo que pasa, el *Papeles*, que es un hombre de bien, pero que tié mal vino, se tropezó un día con Escolástico y, lo que pasa, que anda, que ven, que vamos á tomar unas tintas. Que tú, que yo, que la Úrsula, que esto, que lo otro, que, lo que pasa, que se les calentó la boca, y que detrás de la primera copa vino la segunda, y, lo que pasa, que esta convidá la pago yo, que la otra tú, y que salieron los dos como toneles; que esto es lo que pasa.

DON DIEGO

Lo que pasa, señora, es que no cuenta usted una historia en que no entren doscientos personajes. ¿Qué tiene que ver toda esa gente con que le haya tocado á no sé quién la lotería? ¡No hay paciencia!

GENARA

¡No, señor; no la hay! ¡Jesús con el hombre! ¡Hable usté solo si le da la gana!

DON DIEGO

¡Es lo más acertado!

GENARA

¡Por eso! ¡Hable usted solo! ¡Qué humor!

DON DIEGO

¡De perros; sí, señora!

GENARA

¡De perros y de gatos juntos!

DON DIEGO

¡Hemos quedado en que voy á hablar solo!

Cada cual refunfuña un poco p
ra su capote. Lllaman otra vez
la puerta.

GENARA

Paece que han llamao.

DON DIEGO

Eso parece.

GENARA

¡También fué golpe el de arrancar la camp
nilla!

DON DIEGO

¡Más cuenta me hubiera tenido arrancársela á usted!

GENARA

Bueno, bueno.

Vuelven á llamar.

DON DIEGO

Sin duda llaman: asómesé usted á ver quién es.

GENARA

Bajando la voz.

Este va á ser ese viejo *antiguario* que le quiere comprar á usted el espadón.

DON DIEGO

¿Sí, eh? ¡Pues si es ése, no estoy en casa!

GENARA

¡Calle usted, señor!

DON DIEGO

¡No quiero!

Gritando más y más.

¡He salido! ¡Diga usted que he salido!

GENARA

¿Y cómo lo he de decir si le oye?

DON DIEGO

¡Para que me oiga grito de esta manera! ¡He salido! ¡No estoy en casa! ¡Mi espada no se la vendo á nadie! ¡Y menos á ningún usurero!

GENARA

¡Alabado sea Dios!

Se acerca á la puerta.

Me paece que no es él. Me huele á faldas.

DON DIEGO

Será la vecina de abajo. ¡Pues también he salido! ¡Es una lechuza que viene á llevarse el aceite! ¡Sea quien sea, he salido!

GENARA

Abriendo la mirilla.

¿Quién es?

Nena Teruel pregunta desde dentro.

NENA

¿Don Diego Espinosa?

DON DIEGO

¿Esa voz?

GENARA

¡Ha salido!

DON DIEGO

Levantándose hecho una fiera.

¿Quién le ha dicho á usted que he salido, condenación de bruja?

GENARA

¿Le paece á usté? ¡No hay modo de acertar con el viejo este!

Abre la puerta y aparece son-
riente Nena. Viene de mantilla.
Su presencia alegre y conmueve
á don Diego. Genara es toda ojos
y oídos.

DON DIEGO

¡Nena! ¡Nena mía!

Estrechándole efusivamente las
manos.

NENA

¡Don Diego! ¿No me esperaba usted, verdad?

DON DIEGO

¿Tú aquí? ¿Tú en mi casa?

NENA

Como no va usted por la mía y yo quería verlo...

DON DIEGO

Dios te lo pague. Siéntate... Siéntate donde
puedas.

GENARA

Ofreciéndole una silla.

Aquí, aquí: esta es la más decente de las dos

NENA

Cualquiera: es igual.

DON DIEGO

¿Te habrá fatigado la escalera?

NENA

No, señor; no.

GENARA

La señorita es joven, y, lo que pasa, cuando se tiene poca edad...

DON DIEGO

Cierre usted la puerta... y la boca. Y váyase ahí dentro.

GENARA

¡Jesús!

Obedece á medias: es decir, que
cierra, pero se queda allí.

NENA

Pues, para mí no, don Diego; pero para usted
esta escalera sí debe de ser muy fatigosa.

DON DIEGO

¡Qué remedio! Ciento tres escalones.

NENA

¡Virgen María!

DON DIEGO

Pero ya he resuelto la manera de subirlos á
gusto.

NENA

¿Es posible?

DON DIEGO

A cada escalón le he puesto el nombre de un
conocido; de suerte que el subir y el bajar son

para mí un recreo: ¡porque los voy pisando uno á uno! ¡Escalón hay en que echo un baile!

NENA

¡Ja, ja, ja!

GENARA

Se ríe la señorita... Como que á lo mejor tié unas ocurrencias este hombre... Miste, ayer, lo que pasa...

DON DIEGO

¿Pero no le he dicho á usted que se vaya ahí dentro?

GENARA

¡Ay, señor! ¡Qué martirio! Con permiso de usted, señorita,

Se va tras la cortina.

NENA

¿Quién es esta mujer?

DON DIEGO

Una buena vieja que vive en la guardilla de jun-

to, y que me cuida... y me aguanta, que no es poco hacer.

GENARA

Desde dentro.

¡No es poco, no!

DON DIEGO

¿Pero quiere usted callarse, Genara? ¿Ves? Eso es su vicio: darle á la lengua y entrometerse en todo.

NENA

¡Bien, don Diego, bien! ¿Cómo va la salud? ¡Las ganas que tenía yo de charlar con usted un rato

DON DIEGO

Eres tan buena... Ahora no me cambio por nadie. Rabiaba y maldecía un minuto antes de venir tú, y con verte de pronto, y con tenerte aquí y con oírte, mira, hasta lágrimas de alegría me salen a los ojos. Y tal vez estas lágrimas, velándolos, son las que me hacen ver en este momento esta miseria en que yo vivo, como un alcázar. Porque ha venido tú, Nena; por ello no más.

Contemplándola cariñosamente.

*Con cada vez que te veo
nueva admiración me das,
y cuando te miro más
aún más mirarte deseo.*

Riendo entre lágrimas.

¡Ja, ja! ¡Se me han venido esos versos á la imaginación!

NENA

De *La vida es sueño*...

DON DIEGO

Y en verdad que se me antoja que estoy soñando... Sí, sí: mi guardilla es un palacio ahora...

Se enjuga los ojos.

NENA

¿Por qué no ha vuelto usted más á casa?

DON DIEGO

No me lo preguntes: tú lo sabes.

NENA

Con pesadumbre.

Es cierto. Después de todo, ¿qué más da, pudiendo yo venir? En mi casa, don Diego, no ha quedado ya ni aquella corona de laurel que había en la sala. La quemé yo por mi propia mano, y aventé las cenizas.

DON DIEGO

¿Sí, verdad?

NENA

Me convencí de que debía y tenía que hacerlo, si quería paz en mi vida, y lo hice. Con la negativa que á usted le di, impidiendo, bien á mi pesar, que se realizara aquel beneficio, enterré hasta la última esperanza de volver alguna vez á la escena.

DON DIEGO

Pero tú, al casarte, ¿no renunciaste á ella para siempre?

NENA

Para siempre, sí; pero la vida es larga, inesperada, misteriosa; es pueril pensar que se ve claro

nunca en el mañana... El corazón está lleno de secretos. Ni la voluntad ni el amor más grande pueden enteramente secar aquello que algún día fué jugo del propio corazón... Y en el aislamiento de mi cuarto de esposa, muchas veces, don Diego, aletearon, turbando mi espíritu, recuerdos de la vida pasada, que querían nuevo ser... Pero ya acabó todo.

DON DIEGO

Y sea para bien, hija mía. Y si por arte del diablo vuelve á tu alma la tentación alguna vez, échale encima con heroico esfuerzo, no ya tierra sólo, sino peñas duras. ¡Que se ahogue, que se aplaste; que no pueda con tu voluntad! Mira que tu desencanto había de ser el más doloroso.

NENA

¿Desencanto?

DON DIEGO

Desencanto, amargura. El Arte, Nena, es mucho más egoísta que el Amor; exige que se le dé toda la vida; y á quien por otro amor lo deja, lo desdeña luego brutalmente si vuelve á él. Tu vuelta á la escena no hubiera tenido para ti más que espinas crueles. Y ya no serías dichosa jamás: ni en tu casa, ni en el teatro. Vivirías como la gente

marinera: en el mar, con la nostalgia de la tierra; y en la tierra, con la nostalgia de la mar. Créeme.

NENA

Es evidente, sí; es claro como la luz del sol.

Se levanta.

Vamos á hablar ya de otra cosa.

DON DIEGO

De lo que tú quieras hablaremos.

Don Diego se queda pensativo. Nena pasea, observando melancólicamente la pobreza de la habitación. Luego, con disimulo, saca de su portamonedas un billete y lo guarda en una caja que hay en la cómoda. Genara, que ve la maniobra desde su escondite, asoma la cabeza un punto para comentarla.

GENARA

(Ya sabía yo que esta visita iba á ser buena.)

DON DIEGO

Advierto, Nenita, que nos hemos callado; que no hablamos de nada.

NENA

De lo primero que hay que hablar es de que usted no debe vivir así.

DON DIEGO

¡Qué importa ya!

NENA

A mí me importa, y mucho. Yo no conocía de cerca este desamparo.

Cogiendo de la cómoda un retratillo.

¿Quién es éste? ¿Usted?

DON DIEGO

¿Cuál, hija?

NENA

Éste: no se levante,

DON DIEGO

Ah, sí. ¡Cualquiera lo adivina! Es un grabado de una *Ilustración* de mis tiempos. El marco se lo ha puesto Genara.

NENA

Lo que no se puede dudar es que es *El Alcalde de Zalamea*.

DON DIEGO

¡Pedro Crespo! ¡Mi grande amigo!

NENA

La vara de la justicia; extendido el brazo...

DON DIEGO

*Si no creéis
que es esto, señor, verdad,
volved los ojos y vedlo.
Aqueste es el capitán.*

¡Con qué gusto mandaba yo siempre ahorcar al capitán! Sobre todo, cuando lo hacía un tal Diéguez, á quien no pude resistir en mi vida.

Se ríe Nena. Después, con dolor, contempla el retrato.

No lo mires tanto, Nenita; ó, si lo miras, luego no me mires á mí.

NENA

¡Qué triste encanto el de los recuerdos!

DON DIEGO

Encanto... pero triste; has dicho bien. Y, sin embargo, para los artistas vencidos ya, destruídos, olvidados, esa es la única llama que brilla en las cenizas. Se encorvan las espaldas, se apagan los ojos, se quiebra la voz... pero ¿y aquello que fué? No será ya más.... pero fué... y aún alienta.

NENA

Conmovida.

¡No será ya más... pero fué... y aún alienta!... Por otro camino hemos vuelto al mismo sitio, don Diego.

DON DIEGO

Ya lo he visto, Nena.

Riendo.

¡Pedro Crespo ha tenido la culpa!

NENA

¿Fué *El Alcalde* una de sus obras favoritas, verdad?

DON DIEGO

El *Don Juan* y *El Alcalde* se disputaron siempre mi predilección. Y como empecé el teatro tan niño, y me fuí formando en él poco á poco, en las dos llegué á representar con el tiempo todos los papeles.

NENA

Es curioso.

DON DIEGO

Sólo en ellas dos. Quizás por eso las querría más que á todas las otras.

NENA

Pues yo nunca lo vi á usted sino en los dos protagonistas.

DON DIEGO

¡Es claro! ¡Si me estoy refiriendo á los tiempos de Maricastaña! Pero el *Rebolledo* lo hice mucho.

Y muy de mozo el *Juan*, el cachorrillo, el hijo del *Alcalde*.

Exaltándose por momentos, animado por la llama que salta en las cenizas.

— *¿Qué opinión tiene un villano?*
— *Aquella misma que vos;*
que no hubiera un capitán,
si no hubiera un labrador.

¡Y el *Capitán* lo hice también mil veces! ¡Y el *Don Lope de Figueroa*, que me divertía como ninguno por lo cascarrabias! ¡Y, por último, el *Pedro Crespo*, la figura inmortal, el villano en cuyo corazón late fuerte y puro el espíritu de la justicia!

Se levanta y se yergue.

Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma;
y el alma sólo es de Dios.

¡Aquí me tienes ya dispuesto, Nena, á formar compañía contigo! ¡Ja, ja!

NENA

¡Ja, ja, ja! ¡Así, don Diego, así me gusta ver á usted: contento; animado!

DON DIEGO

¡Gracias á ti! ¡Tú me has traído esta luz y este fuego!

NENA

¿Y dice usted que en el *Don Juan* interpretó también todos los papeles?

DON DIEGO

¿Cómo todos? ¡Desde uno de los *malditos*! Ya sabes el cuento del comparsa que se jactaba de haber trabajado en el *Tenorio*.

¡Cuál gritan esos malditos!...

Y él decía: «¡Pues uno de los malditos era yo!» Y yo lo fui como él; y fui también el *Buttarelli*, y el *Avellaneda*, y el *Escultor*, y el *Ciutti*, y el *Don Luis*... ¡Hasta que llegué al *Don Juan*, que me fascinaba! Fanfarrón y gallardo en la hostería, audaz en la calle de doña Ana de Pantoja, temerario en la celda de doña Inés, y tierno y cariñoso en la quinta, arrodillado ante ella... soñando y cantando la redención de su alma por el amor...

*No es, Doña Inés, Satanás
quien pone este amor en mí;
es Dios, que quiere por ti
sanarme para Él quizás.*

NENA

¡Con qué amor hice yo siempre la *Doña Inés*.

DON DIEGO

Sí, por cierto.

NENA

¡Qué dulce figura! Es una azucena, ¿verdad? A mí me ha parecido siempre como una paloma que se ve presa en las manos de un hombre, que la puede ahogar ó acariciarla; pero ella no sabe su suerte, y tiembla.

Sin voz casi.

*No, don Juan; en poder mio
resistirte no está ya;
yo voy á ti como va
sorbido al mar ese río.*

GENARA

Volviendo á asomarse con los
ojos llenos de curiosidad y un
tanto perpleja.

¡Es ella cómica también!

Quédase atisbando.

NENA

¡Ay, don Diego!... ¡Me ha contagiado usted!... Yo también estoy diciendo versos del *Tenorio*...

DON DIEGO

¡Ay, Nena mía! En estas escapatorias al ideal perdido, mientras vivamos nos sorprenderemos tú y yo. Ya lo has visto. Yo, el viejo actor arrumbado en una guardilla, río y lloro evocando mis glorias, y te digo versos con la ilusión de los veinte años... Tú, la esposa enamorada, que sacrifica su pasado por su amor, también ríes y lloras y también dices versos y sueñas... Nos unió en un momento la llama trémula, que cuando parece que se extingue se enciende, de aquel grande amor que durará lo que nuestra vida. Madre has de ser tú, y cuando menos lo presientas, surgirá dentro de tu alma como un suave y tímido reverdecir de las flores que escondiste entre las páginas de las comedias... Lo has de ver, Nena; lo has de ver...

NENA

Viéndolo estoy, don Diego, aquí mismo. Hace un instante recordaba usted á *Don Juan* y *Doña Inés* le respondía.

Silencio. Los dos, callados, como que mecen y acarician en su espíritu pensamientos análogos y

sienten una emoción igual. La guardilla es ya el alcázar que á través de sus lágrimas vió don Diego. El mundo real está muy lejos de ellos, y no perciben sus rumores. Don Diego exclama de repente.

DON DIEGO

La primera vez que yo te vi representar á ti hacías cabalmente la *Doña Inés*.

NENA

No, don Diego; usted se confunde.

DON DIEGO

¿Cómo que me confundo?

NENA

¡Y tanto! La *Doña Inés* me la ensayó usted mucho; pero más tarde. La primera vez que usted me vió fué en Granada. ¡Digo! ¡Pues apenas tengo yo muy presente aquello! Entró usted en mi cuarto á felicitar me y me puse yo poco hueca.

DON DIEGO

Es verdad, es verdad... Me había trascordado...
En Granada fué.

NENA

Representábamos una comedia de estas imitadas del teatro antiguo: *Amor se burla de Amor*.

DON DIEGO

¡Justamente! ¡Del pobre Manolo Gonzalo! ¡Y era muy bonita aquella comedia! ¡Si yo la hice mucho también!

NENA

¿Usted haría el *Don Félix*?

DON DIEGO

¡Eso es! ¡El galán que se enamora de todas! ¡Y tú la *Diana*!

NENA

¡La *Diana*! Que en el segundo acto cantaba aquello de...

Entonándolo,

De amor me hirieron el pecho:
amor salta de la herida...

DON DIEGO

Cabal, Y había una escena en el tercer acto...

NENA

¡La de la tapada!

DON DIEGO

¡La misma! ¡Que siempre se aplaudía!

NENA

¡Siempre!

DON DIEGO

¿Cómo empezaba aquello?

NENA

Pues aquello empezaba...

DON DIEGO

No me lo digas, que me gusta acordarme. ¡Si ayer mismo he estado yo pensando en esa escena!

NENA

¡Qué casualidad!

DON DIEGO

Interesante casualidad. ¿Cómo empezaba?

Rasgó la luz...

No, no.

La luz de una estrella...

¡Tampoco!

NENA

Apuntándole.

De la noche...

DON DIEGO

De la noche el negro velo
rasgó la luz de una estrella...

NENA

Así.

DON DIEGO

Y es tal, que con sólo ella,
la calle trocóse en cielo.

NENA

Fulgores son mano y pie...

DON DIEGO

Déjame, que eso es de mi parte.

Fulgores son mano y pie
ante cuya luz me inclino,
por el rostro que adivino
y que aunque ciegue veré.

¿A que era esto?

NENA

¡Eso era!

GENARA

Sacando con toda cautela una
silla y sentándose sigilosamente
ante la puerta.

(¡Miste por donde voy yo á tener teatro de
gratis!)

NENA

Y entonces contestaba yo...

Si cegáis, ¿cómo veréis?

DON DIEGO

Antes veré de cegar.

NENA

Mas luego habréis de llorar
si lo que visteis no veis.

DON DIEGO

Pues prefiere mi deseo
llorar si ciego y os vi,
á miraros junto á mí
y llorar porque no os veo.

NENA

Galán sois.

DON DIEGO

Y vos hermosa.

NENA

¿Qué sabéis?

DON DIEGO

Capullos vi
que me pintaron por sí
cómo no será la rosa:
vuestra mano y pie.

NENA

Por Dios
que es muy gentil madrigal
¿Sois poeta?

DON DIEGO

Ante el rosal.

NENA

No os entiendo.

DON DIEGO

Junto á vos.

NENA

Me obligáis y he de otorgaros
lo que pretendisteis.

DON DIEGO

¡Veros!

NENA

¿Suspiráis?

DON DIEGO

¡Por conoceros!

NENA

Para qué?

DON DIEGO

¡Para adoraros!

Se descubre en actitud galante mirando á Nena, y así permanece mientras cae el telón. Los ojos de Genara están clavados en los dos inesperados intérpretes de «Amor se burla de Amor.»

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Febrero, 1913.

Obras de los mismos autores.



Publicadas por la *Sociedad de Autores Españoles*.

- Esgrima y amor, juguete cómico (2.^a edición).
Belén, 12, principal, juguete cómico (2.^a edición).
Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna (3.^a edición).
La media naranja, juguete cómico (3.^a edición).
El tío de la flauta, juguete cómico (3.^a edición).
El ojito derecho, entremés (4.^a edición).
La reja, comedia en un acto (5.^a edición).
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull (6.^a edición).
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela (2.^a edición).
La vida íntima, comedia en dos actos (3.^a edición).
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez (3.^a edición).
El chiquillo, entremés (7.^a edición).
Las casas de cartón, juguete cómico (2.^a edición).
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso (2.^a edición).
El patio, comedia en dos actos (4.^a edición).
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano (3.^a edición).
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos (4.^a edición).
La pena, drama en dos cuadros (2.^a edición).
La azotea, comedia en un acto (2.^a edición).
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos (3.^a edición).
Las flores, comedia en tres actos (3.^a edición).
Los piropos, entremés (2.^a edición).
El flechazo, entremés (3.^a edición).
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo (2.^a edición).
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijol, humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo (2.^a edición).
Pepita Reyes, comedia en dos actos (2.^a edición).
Los meritorios, pasillo.
La zahori, entremés (2.^a edición).
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano (3.^a edición).
Zaragatas, sainete en dos cuadros (2.^a edición).
La zagala, comedia en cuatro actos (2.^a edición).
La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, aporósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos (2.^a edición).

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia (2.^a edición).

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés (2.^a edición).

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano (2.^a edición).

El genio alegre, comedia en tres actos (2.^a edición).

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana..., entremés con música del maestro José Serrano.

La zancadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí (2.^a edición).

La vida que vuelve, comedia en dos actos.

Á la luz de la luna, paso de comedia.

La escondida senda, comedia en dos actos.

El agua milagrosa, paso de comedia.

Las buñoleras, entremés.

Las de Cain, comedia en tres actos.

Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.

Sangre gorda, entremés.

Amores y amoríos, comedia en cuatro actos (2.^a edición).

El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.

Doña Clarines, comedia en dos actos.

El centenario, comedia en tres actos.

La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.

Herida de muerte, paso de comedia.

El último capítulo, paso de comedia.

La rima eterna, comedia en dos actos, inspirada en una rima de Bécquer.

La flor de la vida, poema dramático en tres actos.

Solico en el mundo, entremés.

Palomilla, monólogo.

Rosa y Rosita, entremés.

El hombre que hace reír, monólogo.

Anita la Risueña, zarzuela cómica en dos actos. Música del maestro Amadeo Vives.

Puebla de las Mujeres, comedia en dos actos.

Malvaloca, drama en tres actos.

Sábado sin sol, entremés con música del maestro Francisco Bravo.

Las hazañas de Juanillo el de Molares, aporósito.

Mundo, Mundillo..., comedia en tres actos.

Fortunato, historia tragi-cómica en tres cuadros.

Publicadas por la *Biblioteca Renacimiento*.

COMEDIAS ESCOGIDAS:

- I.—Los Galeotes.—El patio.—Las flores.
II.—La zagala.—Pepita Reyes.—El genio alegre.
III.—La dicha ajena.—El amor que pasa.—Las de Caín.
IV.—La musa loca.—El niño prodigio.—Amores y amoríos.
V Y ÚLTIMO.—La casa de García.—Doña Clarines.—El centenario.
La rima eterna, comedia en dos actos.
La flor de la vida, poema dramático en tres actos.
Puebla de las Mujeres, comedia en dos actos.
Malvaloca, drama en tres actos.
Mundo, mundillo..., comedia en tres actos.
Fortunato, historia tragi-cómica en tres cuadros.

EN PREPARACIÓN:

- De la tierra baja**, cuentos andaluces.
Las aventuras de Tartajilla (apuntes de un maestro de escuela), novela para niños.
- 

- Pompas y honores**, capricho literario en verso por *El Diablo Cojuelo*.—Fernando Fe.—Madrid.
Fiestas de amor y poesía, colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas.—Manuel Marín.—Barcelona.

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I fastidi della celebrità (*La vida íntima*), por Giulio de Medici.
Il patio ((Il cortile sivigliano)), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
I Galeoti (*Los Galeotes*), por el mismo.
La pena, por el mismo.
I fiori (*Las flores*), por el mismo.
La casa di García, por Luigi Motta.
L'amore che passa, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Mattina di sole (*Mañana de sol*), por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Amore al buio (*Amor á oscuras*), por Luigi Motta.
Anima allegra (*El genio alegre*), por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.
Al chiaro di luna (*A la luz de la luna*), por Luigi Motta.
Le fatiche di Ercole (*Las de Cato*), por Juan Fabré y Oliver.
Siora Chiareta (*Dona Clarines*), por Giulio de Frenzi.
Il centenario, por Franco Liberati.
L'ultimo capitolo, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.
Il fior della vida (*La flor de la vida*), por los mismos.
Malvaloca, por los mismos.
Ragnatele d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por Enrico Tedeschi.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*), por el Dr. Max Brausewetter.
Die Blumen (*Las flores*), por el mismo.
Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. Gustavo Rohde.
Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*), por el Dr. Max Brausewetter.
Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por Mary V. Haken.
Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. Max Brausewetter.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. Borzia.
La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por Georges Lafond y Albert Boucheron.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. Smidt Reineke.

862.59
A47ne

862.59 A47NE



a39001



008134754b

